

La
Excelsitud
del *Arte*

SALVADOR RANGEL ABUD



LA EXCELSITUD DEL ARTE

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Francisco Corbalán Buenaventura, conocido como Cisco, es un escultor de Guadalajara cuya obsesión por el cuerpo humano tiene raíces tan profundas como la tarde de infancia en que descubrió el libro de anatomía de su padre embalsamador. Su arte es implacable, su técnica extraordinaria y su silencio, legendario.

Cuando su matrimonio con Celia Vergara Dávila —arquitecta restauradora, heredera de una fortuna billonaria y mujer que eligió la libertad sobre la lealtad— se derrumba, Cisco no colapsa. Piensa. Planifica. Y ejecuta un plan tan frío y tan perfecto que nadie, en veintidós años, encontrará la menor grieta en él.

Nadie, hasta que un sismo menor desprende un fragmento de techo sobre la rodilla de una estatua en su galería, y lo que asoma por la fractura no es resina ni alambre de aluminio.

La excelsitud del arte es un thriller negro narrado como la decodificación novelada de una confesión dictada por el propio asesino a su abogado defensor, convencido hasta el final de que lo que hizo no fue un crimen sino una obra de arte. Una novela sobre la posesión, la frialdad, la impunidad y la justicia que llega, a veces, por accidente.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene la descripción técnica y clínica de un crimen premeditado, incluyendo procedimientos de embalsamamiento y preservación de restos humanos, narrados con la misma temperatura con que el protagonista los ejecutó: sin dramatismo, sin remordimiento y con precisión de artesano. También contiene una psicología perturbadora presentada desde adentro, sin filtros ni condena explícita, porque la condena la construye el lector solo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La excelsitud del arte

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller negro / Novela de suspenso psicológico

Estructura: Prólogo + 17 capítulos + Epílogo

Ambientación: Guadalajara, Jalisco, México

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta incómoda: ¿qué tan diferente es la lógica del artista que convierte a una persona en materia de su obra, de la lógica del asesino que convierte a una persona en instrumento de su voluntad? Cisco Corbalán no distingue entre las dos. Eso es exactamente lo que lo hace tan perturbador, y tan difícil de olvidar.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

escultura · Guadalajara · thriller negro · suspenso psicológico · narrador no confiable · crimen perfecto · arte · impunidad · justicia · feminicidio · embalsamamiento · novela negra · psicópata · México · novela en español

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre un crimen sino sobre una mente: la de un hombre que nunca distinguió entre poseer una forma y poseer a una persona. A lo largo de sus diecisiete capítulos, *La excelsitud del arte* explora la obsesión artística como forma de control y dominio, la psicología del narcisismo sin culpa llevada a su extremo más lógico, la impunidad como resultado de la planificación perfecta y sus límites imprevisibles, la justicia como proceso lento e imperfecto que a veces llega por accidente, y el arte como lenguaje que Cisco usa para justificar lo injustificable.

CITAS DESTACADAS

"No era un elogio. Era una constatación. Pero Aurelio Corbalán era embalsamador y había sostenido corazones humanos reales entre sus manos enguantadas, y si en esa masa informe de plastilina verde reconocía un corazón era porque algo esencial de la forma estaba ahí."

"Lo que hice con Celia no fue un crimen. Fue una obra de arte. La diferencia importa, aunque ustedes no estén en condiciones de entenderla."

"La justicia caminó muy lento. Tardó veintidós años. Pero llegó. A veces por accidente. A veces porque una madre no olvida una carpeta sin resolver."

"Los huesos se pueden sacar. La forma no. La forma que yo le di existe para siempre en el mundo, aunque nadie la vea."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *La excelsitud del arte* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y artístico que le es propio.

Vladimir Nabokov (*Lolita*): el narrador no confiable que construye su propia justificación con una elocuencia que atrapa al lector en su lógica retorcida, obligándolo a ser cómplice involuntario de lo que narra.

Patricia Highsmith (*El talento de Mr. Ripley*): la frialdad del asesino que planifica sin remordimiento, la tensión sostenida del lector que sabe lo que ocurrió y solo espera saber si será descubierto.

Alfred Hitchcock (influencia cinematográfica): el suspenso no nace del misterio sino de la certeza. El lector sabe desde el principio. La tensión viene de cómo, y de si alguien más lo sabrá alguna vez.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Cisco describe su crimen como una "respuesta" y no como un acto de violencia. ¿En qué momento de la novela esa lógica resulta más convincente, y en qué momento resulta más perturbadora?

El narrador onisciente reconstruye los hechos a partir de la confesión de Cisco, pero sin adoptar su punto de vista moral. ¿Cómo logra la novela mantener esa distancia sin juzgar explícitamente al protagonista?

La rótula es el elemento que derrumba el plan perfecto. ¿Qué dice eso sobre la naturaleza de la impunidad y sus límites?

Amparo Peñaloza resuelve el caso veintidós años después, fuera de servicio, movida por una intuición y una carpeta que nunca pudo olvidar. ¿Es eso justicia, o es otro accidente?

Cisco muere convencido de que no es culpable. ¿Cambia eso algo en la valoración moral de lo que hizo?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *La excelsitud del arte*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *La excelsitud del arte*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *La excelsitud del arte*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la ficción especulativa, la sátira política, la novela coral, la comedia negra, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la novela genealógica, la novela contrafactual y —como demuestra esta entrega— el thriller negro de suspenso psicológico.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay mentes brillantes cuya brillantez es también su condena. Francisco Corbalán Buenaventura construyó el crimen más perfecto que cualquier investigador había visto en décadas, y lo sostuvo durante veintidós años con una disciplina que habría sido admirable en cualquier otro contexto. Lo que no pudo construir fue la diferencia entre una persona y una forma. Entre amar a alguien y poseerlo. Entre el arte y el horror.

Esa diferencia es la novela.

ÍNDICE

Prólogo:	Nota del abogado Héctor Madrigal Souza
Cap. 1:	El arte de dar forma
Cap. 2:	La chica de la playa
Cap. 3:	El matrimonio perfecto
Cap. 4:	La grieta
Cap. 5:	La herencia y la traición
Cap. 6:	El acuerdo
Cap. 7:	Las amenazas
Cap. 8:	Los preparativos
Cap. 9:	El encierro
Cap. 10:	El alma de la estatua
Cap. 11:	El viudo inconsolable
Cap. 12:	La vida que construí sobre ella
Cap. 13:	Las grietas del tiempo
Cap. 14:	El restaurador
Cap. 15:	La rótula
Cap. 16:	Lo que ella me hizo

Cap. 17: La perfección del plan

Cap. 18: Mi obra más honesta

Epílogo: Nota del editor ficticio

PRÓLOGO

Nota del licenciado Héctor Madrigal Souza

Abogado defensor

Guadalajara, Jalisco

Hay documentos que uno guarda sin saber exactamente por qué. No por utilidad. No por obligación profesional, que en este caso habría sido más bien la contraria. Los guarda porque pesan, y porque tirar algo que pesa siempre ha parecido, al menos a mí, una forma de cobardía disfrazada de higiene.

Este manuscrito lleva muchos años en el cajón inferior derecho de mi escritorio, dentro de una carpeta de cartón beige que en su momento rotulé con el número de expediente y el nombre del cliente, como hago con todos. A diferencia de todos los demás, esta carpeta nunca llegó a un archivo muerto. Nunca pude llevarla. Cada vez que lo intenté, la volvía a dejar donde estaba y cerraba el cajón con más fuerza de la necesaria, como si el problema fuera el cajón y no yo.

Fui el abogado de Francisco Corbalán Buenaventura y estuve con él en todo el camino desde que me contrató para poner la primera denuncia de una amenaza que recibieron él y su esposa, pasando por todo el demás proceso de su detención, cuando el escándalo todavía ocupaba las primeras páginas de todos los diarios del país y su nombre circulaba en los noticieros con esa mezcla de fascinación y horror que los medios reservan para los casos que no saben cómo clasificar.

Su crimen no fue pasional en el sentido ordinario. No fue un feminicidio de los que llenan los expedientes de cualquier fiscalía del país con una regularidad que debería avergonzarnos a todos. Fue otra cosa. Fue algo para lo que el lenguaje jurídico tiene categorías perfectamente aplicables pero para lo que el lenguaje humano, al menos el mío, resultó insuficiente desde el principio.

Lo conocí cuando apenas me había recibido como abogado y cuando él ya era un escultor famoso, exitoso y metódico, pero para cuando ya fue trasladado al Altiplano tras la sentencia, se veía como un hombre ya viejo, aunque la vejez en él no producía la impresión habitual de fragilidad sino más bien la de una madera muy dura que el tiempo ha pulido sin lograr doblar.

Seguía hablando despacio. Miraba a sus interlocutores con una atención que en otro contexto habría parecido cortesía y en ese contexto resultaba perturbadora, porque uno tenía la sensación de que lo que miraba no era a la persona sino a algo que había detrás o debajo de la persona, algo que solo él sabía ver.

Supe desde que tuve que defenderlo en el sentido técnico de la palabra, que iba a ser posible, aunque difícil. Supe también, aunque tardé más en formulármelo con claridad, que defenderlo en cualquier otro sentido no lo sería.

Me propuso, en esa primera reunión cuando ya era un presidiario, y en todas las siguientes, que tomara nota de todo lo que iba a contarme. Que lo que iba a contarme era la verdad. Que la verdad, debidamente presentada ante el tribunal de apelación, revertiría una sentencia que él consideraba no solo injusta sino absurda, porque había sido dictada sobre la base de evidencia circunstancial y de un prejuicio moral que no tenía lugar en un estado de derecho.

Lo dijo así, con esas palabras, con la serenidad de alguien que ha pensado mucho tiempo en algo y ha llegado a una conclusión que le parece irrefutable. Yo tomé nota. Eso es lo que hacemos los abogados defensores. Escuchamos. Tomamos nota. Reservamos el juicio para el momento procesal adecuado.

Las sesiones se celebraron en el locutorio del Altiplano, a lo largo de siete semanas. Llegaba yo puntual, con mi grabadora y mi libreta. Él llegaba siempre antes que yo, sentado ya en su silla con esa postura recta que mantuvo hasta el final y que contrastaba con el entorno de una manera que yo nunca llegué a acostumbrarme del todo.

Hablaba durante dos, a veces tres horas sin interrupción significativa. Yo preguntaba poco. Él no necesitaba que le preguntaran. Lo que necesitaba era un testigo, y eso sí pude dárselo.

Debo decir, porque la honestidad me lo impone aunque la prudencia me aconseje lo contrario, que en ningún momento de esas siete semanas Francisco Corbalán mostró arrepentimiento. No el arrepentimiento fingido que uno aprende a identificar después de años de ejercicio profesional, ni el arrepentimiento auténtico que es más raro pero que existe y que tiene una textura inconfundible. Ninguno de los dos.

Lo que mostró, en cambio, y con una consistencia que resultaba en sí misma una forma de evidencia, fue la convicción absoluta de que lo que había hecho tenía una justificación que el mundo se había negado a escuchar. Que él había sido el agraviado. Que Celia Vergara Dávila le había arrebatado algo que no tenía precio —su confianza, su lealtad, la posibilidad de una vida que él había

construido con sus manos y con su talento— y que lo que hizo después no fue un crimen sino una respuesta. Una respuesta desproporcionada, admitía a veces con un gesto vago de la mano, como si la desproporción fuera un detalle menor. Pero una respuesta al fin.

Yo escuché. Tomé nota. Guardé las grabaciones y las transcribí con la ayuda de mi secretaria, a quien le pedí discreción sin explicarle el motivo, aunque supongo que el motivo era evidente. Cuando las sesiones terminaron — abruptamente, por razones que el lector de estas páginas ya conoce o conocerá pronto— me quedé con un manuscrito de doscientas cuarenta páginas y sin cliente al que entregárselo.

El recurso de apelación nunca lo llegue a interponer. No habría tenido sentido hacerlo de todos modos. La ley tiene sus ritmos y sus plazos, y la biología los suyos, y en este caso la biología fue más rápida.

Durante mucho tiempo pensé que lo correcto era destruir este documento. Que su existencia no beneficiaba a nadie y que su publicación beneficiaría aún menos a nadie. Que el morbo no es un argumento literario ni jurídico ni de ninguna otra clase. Pensé todo eso y aun así no destruí nada, y con el tiempo llegué a entender por qué. Porque este manuscrito no es, o no es solamente, el alegato de un asesino convencido de su inocencia. Es algo más incómodo que eso.

Es el retrato de una manera de ver el mundo en la que las personas son materia y la materia es susceptible de ser moldeada, y en la que esa capacidad de moldear constituye no solo un privilegio sino un derecho. Un derecho que, en la lógica de Francisco Corbalán, nadie tenía autoridad para cuestionar.

Si alguna vez llega a haber lectores ajenos que se enteren del contenido de todo el documento que he transcrito, será porque alguien lo ha usado decodificando y tal vez novelando un documento fiel de lo que él me dictó. Yo no he alterado nada. No he añadido nada. No he suprimido nada, aunque en más de una ocasión habría querido hacerlo. Las palabras fueron suyas. Las ideas fueron suyas. La voz fue suya, inconfundiblemente suya, con su precisión técnica y su calma y esa ausencia de algo que al principio confundí con fortaleza y que después entendí que era simplemente una ausencia.

No hago ninguna valoración adicional. No es mi derecho hacerla, ni hay lugar para hacerla, y además sería innecesaria. El texto se valoraba solo. Eso, al menos, sí lo tengo claro desde la primera página, pero como decidí no firmar ningún convenio de confidencialidad ni con mi cliente ni con nadie, el documento que transcribí de la confesión de Francisco Corbalán Buenaventura puede ser utilizado por quien sea. Solo espero que si llega a existir esa persona, sea capaz de traducir esta confesión que pretendía usarse para una apelación jurídica, y lo convierta en un ejemplo de lo que es capaz una mente humana brillante pero retorcida.

CAPÍTULO 1

El arte de dar forma

Guadalajara, Jalisco.

La tarde en que Francisco Corbalán Buenaventura descubrió su vocación, su padre había salido a recoger un muerto.

No era una circunstancia excepcional en esa casa. Aurelio Corbalán era embalsamador de oficio y propietario de la Casa Funeral San Ginés de Allué, una agencia discreta y bien reputada en el barrio de Mexicaltzingo, y los muertos no avisaban. Llegaban a cualquier hora, con la indiferencia propia de quienes ya no tienen obligaciones sociales, y Aurelio salía a buscarlos con la misma parsimonia con que otro hombre habría salido a comprar el periódico. Dejó su taza de café a medias sobre la mesa del comedor, se puso el saco sin apresurarse y le dijo a Francisco, que tenía once años y estaba haciendo la tarea de matemáticas en la silla de junto, que no tardaba.

Francisco asintió sin levantar la vista del cuaderno.

Pero en cuanto escuchó cerrarse la puerta, levantó la vista.

Sobre la mesa, entre la taza de café y un cenicero vacío, había quedado olvidado un libro. Era grueso, de pastas duras color vino oscuro, con el lomo ligeramente despegado por el uso intenso y el título impreso en letras doradas que el tiempo había vuelto color mostaza: *Anatomía Humana Descriptiva*. Francisco lo conocía de vista. Había estado en el librero del estudio de su padre desde siempre, en ese anaquel alto donde los libros de trabajo convivían con una enciclopedia incompleta y una Biblia que nadie abría. Nunca lo había tocado. No porque estuviera prohibido, sino porque hasta ese tarde no había sentido la necesidad.

Lo jaló hacia él. Lo abrió por donde el libro quiso, que fue más o menos por la mitad, y se encontró mirando un corazón humano dibujado en corte transversal.

Se quedó quieto.

El dibujo ocupaba casi toda la página de la derecha. Era una ilustración en blanco y negro, técnicamente precisa, con las cuatro cavidades abiertas como las habitaciones de una casa en plano arquitectónico y cada estructura señalada por una línea fina que terminaba en un nombre: ventrículo derecho, ventrículo izquierdo, aurícula, válvula mitral, aorta, vena cava.

Francisco no sabía qué era la válvula mitral ni le importaba saberlo en ese momento. Lo que lo tenía paralizado era otra cosa. Era la forma. La forma total de aquella cosa que cabía en un puño cerrado y que sin embargo contenía dentro de sí una arquitectura tan compleja, tan absolutamente resuelta en cada detalle, que parecía imposible que nadie la hubiera diseñado y al mismo tiempo imposible que hubiera surgido sola.

Pasó varias páginas más. Había un pulmón con su árbol bronquial ramificándose hacia adentro como un árbol de invierno visto al revés. Había una mano con todos sus huesos separados y nombrados, veintisiete en total, articulados entre sí con una precisión que ningún carpintero habría podido

imitar. Había una columna vertebral vista de perfil, con su curva suave que era a la vez la solución a un problema de ingeniería y, sin que nadie se lo hubiera propuesto, una de las formas más elegantes que Francisco había visto en sus once años de vida.

Estaba en eso cuando escuchó la llave en la cerradura.

Aurelio Corbalán entró al comedor, vio a su hijo con el libro de anatomía abierto sobre la mesa y se detuvo un momento. No dijo nada de inmediato. Colgó el saco en el respaldo de su silla, recogió su taza de café —que ya estaba fría— y miró a Francisco con una expresión que no era enojo sino algo más difícil de clasificar. Algo parecido a la curiosidad, aunque en un hombre tan poco dado a las efusiones como Aurelio Corbalán la curiosidad tendía a parecerse mucho a la indiferencia.

—Ciérralo —dijo al fin—. Y vete a hacer la tarea.

—Ya la hice —dijo Francisco.

Aurelio miró el cuaderno de matemáticas. Miró a su hijo. Bebió un sorbo de café frío sin hacer ningún gesto de disgusto.

—Entonces vete a dormir —dijo.

Francisco cerró el libro. Pero antes de cerrarlo, sin que su padre lo viera o quizás sin que su padre dijera nada aunque lo viera, pasó el índice por el contorno del corazón dibujado. Solo una vez. Como si quisiera memorizar la curva con la yema del dedo además de con los ojos.

Esa noche no durmió bien. No porque tuviera pesadillas ni porque el libro lo hubiera perturbado en el sentido que habría perturbado a otro niño de su edad. Sino porque tenía en la cabeza una forma y no sabía todavía qué hacer con ella.

A la semana siguiente le pidió el libro prestado a su padre.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Aurelio desde detrás de su café de la mañana, con el tono neutro de quien pregunta por preguntar.

—Para copiarlo —dijo Francisco.

Su padre lo miró un momento. Asintió. No preguntó qué quería decir con copiarlo ni qué iba a usar para hacerlo. Era un hombre que entendía que ciertas respuestas llegaban solas si uno tenía la paciencia de esperar.

Francisco usó plastilina. La única que tenía era verde, del color equivocado para un corazón, pero eso no le importó. Trabajó en la mesa de su cuarto durante cinco días, con el libro abierto en la página correspondiente y el corazón de plastilina tomando forma entre sus dedos con la lentitud torpe y obstinada de quien aprende a obligar a sus manos a obedecer lo que su ojo ya sabe. Lo deshizo tres veces. La cuarta vez lo dejó como estaba, aunque le parecía imperfecto, porque entendió que seguir corrigiéndolo era ya una forma de cobardía.

Lo puso sobre la mesa del comedor una noche antes de cenar.

Aurelio se sentó, sirvió su plato, y entonces lo vio. Lo miró durante varios segundos sin decir nada, con esa concentración silenciosa que era su manera de tomarse las cosas en serio.

—Es un corazón —dijo al fin.

No era un elogio. Era una constatación. Pero Aurelio Corbalán era embalsamador y había sostenido corazones humanos reales entre sus manos enguantadas, y si en esa masa informe de plastilina verde reconocía un corazón era porque algo esencial de la forma estaba ahí. Para Francisco, que tenía once años y acababa de hacer por primera vez en su vida algo que antes no existía, eso fue suficiente. Más que suficiente.

Comieron en silencio, como casi siempre.

Pasaron los años. Francisco creció con esa fascinación intacta y fue afinándola con la misma paciencia metódica con que su padre había construido su reputación de embalsamador: sin prisa, sin aspavientos, con la convicción serena de quien sabe que está en el lugar correcto haciendo la cosa correcta.

Cuando llegó el momento de escoger una carrera no hubo deliberación posible. Se inscribió en el Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara, orientación escultura, sede Belén, en el centro histórico, y desde el primer día de clases quedó claro para todos —para él y para quienes lo rodeaban, aunque por razones distintas— que su trabajo iba a ser diferente.

Sus compañeros exploraban lo abstracto con el entusiasmo propio de quien descubre que el arte puede prescindir de la técnica. Francisco modelaba cuerpos. Siempre cuerpos. Manos. Torsos. Cráneos. Columnas vertebrales. Pies, que son probablemente la parte del cuerpo humano más subestimada por los escultores y la más extraordinaria desde el punto de vista de la ingeniería natural.

Mientras los demás llenaban el taller de instalaciones conceptuales y objetos encontrados, él pasaba horas con los dedos hundidos en la arcilla, buscando la curva exacta de un bíceps en contracción o la geometría precisa de una rótula.

En segundo año, el maestro Genaro Urquiza lo llamó aparte después de clase.

Era un hombre pequeño y meticuloso, de barba canosa recortada con escuadra y lentes redondos que usaba siempre empujados hasta la punta de la nariz, como si el mundo que le interesaba estuviera sistemáticamente más cerca que el mundo real. Tenía la costumbre de caminar entre las mesas durante las prácticas con las manos entrelazadas a la espalda, deteniéndose aquí y allá para observar el trabajo de sus alumnos con una expresión que podía ser aprobación o desencanto y que casi nunca era posible distinguir.

Cuando el salón quedó vacío se sentó en el borde de la mesa de Francisco y lo miró con la franqueza directa de quien ha decidido que ya no le queda tiempo para los preámbulos.

—Corbalán —dijo—, usted tiene una técnica que la mayoría de sus compañeros no va a tener en diez años. Eso no se discute.

—Gracias, maestro.

—No es un elogio, es una introducción. —Se quitó los lentes, los limpió con la orilla de la camisa, se los volvió a poner—. Lo que me preocupa es la estrechez. Usted solo trabaja el cuerpo humano. Siempre el cuerpo humano. ¿No le interesa explorar otras formas?

—No —dijo Francisco.

Urquiza esperó, como si creyera que venía algo más. No vino nada más.

—¿Y no le parece eso una limitación?

Francisco pensó la respuesta un momento, no porque dudara sino porque quería que fuera precisa.

—Me parece una especialización —dijo—. Los cardiólogos no operan rodillas, maestro, y nadie dice que eso los limite.

Urquiza lo miró durante dos o tres segundos. Luego, para sorpresa de Francisco, se rio. Una risa breve e involuntaria que controló enseguida, como si le hubiera escapado sin permiso.

—Está bien —dijo, poniéndose de pie—. Siga como va. Pero no diga que no le advertí cuando el mercado le pida algo distinto.

El mercado nunca le pidió nada distinto.

O más bien: lo que Francisco Corbalán producía resultó ser, con el tiempo, exactamente lo que el mercado quería. Aunque eso, como casi todo lo que importaba en su vida, todavía tardaba en llegar.

CAPÍTULO 2

La chica de la playa

Guadalajara, Jalisco

Celia Vergara Dávila entró al taller de escultura un martes de septiembre con quince minutos de retraso, una carpeta bajo el brazo y la actitud serena de quien llega tarde porque así lo ha decidido y no porque no le haya quedado de otra. Era el primer día del semestre. Francisco llevaba ya esos quince minutos acomodando sus herramientas sobre la mesa con la meticulosidad de siempre, ordenándolas por tamaño de mayor a menor, cuando la puerta se abrió y ella entró y el maestro Urquiza levantó la vista del registro con una ceja apenas arqueada y no dijo nada, que era su forma particular de decir mucho.

Francisco la miró un momento y volvió a sus herramientas.

Celia se sentó dos mesas más adelante, abrió su carpeta, sacó un lápiz y empezó a dibujar algo en la esquina de una hoja mientras Urquiza explicaba los objetivos del semestre. Dibujaba sin mirar lo que dibujaba, con esa soltura distraída de quien tiene el gesto tan incorporado que ya no necesita

controlarlo. Francisco se preguntó qué estaba dibujando. Luego se preguntó por qué se lo preguntaba. Volvió a sus herramientas por tercera vez.

No se hablaron ese día.

Se hablaron tres semanas después, cuando Celia se detuvo junto a la mesa de Francisco en uno de los recreos del taller y miró el trabajo que él había dejado a medio terminar: un antebrazo en arcilla, tamaño natural, con las venas del dorso de la mano modeladas con una precisión que requería conocer de memoria la disposición del sistema venoso superficial, cosa que Francisco en efecto conocía de memoria.

—¿Es tuyo? —preguntó ella, aunque era evidente que sí lo era.

—Sí.

Celia inclinó la cabeza ligeramente, como hacía siempre que algo le interesaba de verdad, un gesto que Francisco tardaría todavía varios meses en aprender a identificar como lo que era.

—Las venas están bien —dijo—. Pero el pulgar está un poco corto. El metacarpiano, digo.

Francisco miró su propio pulgar. Miró el de la escultura. Tuvo que admitir, aunque no lo dijo en voz alta, que tenía razón.

—Estudio arquitectura —dijo ella, como si eso explicara algo—. Uno aprende a ver las proporciones.

—Yo estudio escultura —dijo Francisco—. Uno también.

Celia se río. Era una risa rápida y sin ceremonias, que terminaba antes de que uno acabara de procesarla, y que dejaba en el interlocutor la sensación levemente desconcertante de haberse perdido algo.

—Sí —dijo—, pero claramente tú estabas mirando otra cosa cuando modelaste el pulgar.

Se fue antes de que Francisco encontrara una respuesta. Él se quedó mirando el antebrazo de arcilla durante un momento. Luego sacó el alisador de punta fina y corrigió el metacarpiano.

Así empezó todo, con un pulgar demasiado corto y una mujer que lo notó antes que él.

Celia Vergara Dávila era hija única de Rodrigo Vergara Castellanos, patriarca de una familia cuya fortuna provenía de la industria de los suplementos alimenticios y cuyo apellido circulaba en ciertos círculos de Guadalajara con el peso específico que tienen los apellidos cuando llevan suficiente dinero encima durante suficiente tiempo.

Era extrovertida con la naturalidad de quien nunca ha necesitado esforzarse para que los demás se acerquen, hermosa con la misma despreocupación, y tenía una inteligencia espacial que le permitía ver en tres dimensiones donde otros veían planos. Por eso había escogido arquitectura con orientación en restauración artística de monumentos históricos, que era una especialización

que combinaba la sensibilidad estética con la precisión técnica de una manera que a Celia le parecía, simplemente, la más honesta de todas.

Francisco, por su parte, era todo lo que Celia no era en términos de superficie. Reservado hasta el punto en que algunos compañeros lo confundían con altivo. Introverso con la consistencia de quien no está esperando el momento de salir de su caparazón sino que genuinamente prefiere estar dentro.

Guapo de una manera que él ignoraba con una sinceridad que a las mujeres les resultaba, paradójicamente, más atractiva que si lo hubiera sabido. Su ascendencia aragonesa por parte de padre y castellana por parte de madre le había dado una complexión y unos rasgos que producían segundas miradas en los pasillos del CUAAD, aunque Francisco raramente se daba cuenta de esas miradas porque casi siempre estaba mirando otra cosa.

Se hicieron novios con la lentitud característica de las cosas que no necesitan apresurarse porque ya saben adónde van. Primero fueron los recreos del taller compartido, luego los cafés en el barrio de Mexicaltzingo, luego las tardes enteras en las que Celia llegaba al cuarto de trabajo que Francisco había habilitado en su departamento cercano a la sede Belén y se sentaba a leer o a dibujar mientras él modelaba, sin necesidad de conversar, que era quizás la prueba más concluyente de compatibilidad que dos personas pueden darse.

—¿No te aburre verme trabajar? —le preguntó Francisco una tarde, sin dejar de modelar.

—Me gusta ver cómo alguien hace bien lo que hace —dijo Celia desde el sillón, sin levantar la vista de su cuaderno de bocetos—. No importa qué sea. Me gusta el proceso.

—Puedes tardar horas en que pase algo visible.

—Ya lo sé. —Levantó la vista y lo miró con esa expresión entre divertida y seria que él todavía no sabía muy bien cómo leer—. ¿Te molesta que esté?

—No —dijo Francisco.

Y era verdad. Le molestaba casi todo lo que interrumpía su concentración. La presencia de Celia, inexplicablemente, no la interrumpía.

Los dos terminaron la carrera en 1990. Celia lo hizo con honores y con una tesis sobre técnicas de consolidación estructural en cantería colonial que su asesor presentó en un congreso en Salamanca sin que ella pudiera acompañarlo porque su padre acababa de operarse de la vesícula y ella no quiso dejarlo solo.

Francisco terminó con un portafolio de obra que el propio Urquiza calificó, en el acto de titulación y sin su habitual reserva, como el más coherente y técnicamente riguroso que había visto en veinte años de docencia. Lo dijo de pie, delante de todos, con esa voz de general inspeccionando tropas que Francisco ya conocía bien.

—No sé si será el más brillante que haya pasado por aquí —dijo Urquiza—. Pero sí sé que es el más obstinado. Y en el arte, Corbalán, la obstinación vale más que el talento.

Francisco lo escuchó sin cambiar la expresión. Luego le estrechó la mano. Eso fue todo.

Lo que vino después para cada uno tomó direcciones distintas aunque paralelas. Celia entró a trabajar con un despacho de restauración con presencia en cuatro ciudades del país, viajando con una frecuencia que a cualquier otra persona habría agotado y que a ella le resultaba estimulante con la misma naturalidad con que le resultaban estimulantes casi todas las cosas.

Francisco, en cambio, se quedó en Guadalajara. Su padre Aurelio, cuya salud había empezado a dar señales de fragilidad desde que Francisco terminó la carrera, necesitaba que alguien estuviera cerca, aunque nunca lo dijera con esas palabras porque Aurelio Corbalán no decía las cosas con esas palabras.

Fue durante esos meses cuando el médico encontró el hemangioma. Una malformación vascular en una zona del cerebro de difícil acceso, de manejo complejo y pronóstico reservado. El neurocirujano que los recibió en su consultorio de la colonia Chapalita lo explicó con la precisión clínica de quien ha aprendido a dar malas noticias sin drama pero sin eufemismos, y Aurelio lo escuchó con la misma parsimonia con que escuchaba todo, sentado muy recto en la silla frente al escritorio, las manos sobre las rodillas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó cuando el médico terminó.

—Es difícil precisarlo —dijo el médico—. Puede ser un año. Pueden ser tres. Depende de cómo evolucione.

Aurelio asintió. Miró a Francisco, que estaba sentado a su lado.

—Pues a seguir trabajando —dijo, y no volvió a mencionar el tema ese día.

Siguió trabajando casi dos años más, hasta que el hemangioma decidió que ya era suficiente. Francisco heredó la funeraria, la casa de Mexicaltzingo y una cuenta bancaria modesta pero solvente que Aurelio había administrado con la misma austeridad metódica con que había administrado todo lo demás. No tenía intención de convertirse en embalsamador.

Encargó la administración del negocio a don Refugio Palomares, el empleado de mayor antigüedad, un hombre de sesenta años con manos grandes y voz suave que conocía cada rincón de la funeraria mejor que el propio Aurelio y que aceptó la responsabilidad con una seriedad que Francisco agradeció sin necesidad de decirlo.

Con parte de la herencia rentó un local amplio en la colonia Americana y lo convirtió en su estudio. No era lujoso. Era funcional, con luz natural abundante, paredes de concreto aparente y espacio suficiente para trabajar piezas de gran formato sin estorbarse a sí mismo. Lo amuebló con lo mínimo necesario y lo llenó de herramientas, materiales y el silencio que era su condición de trabajo indispensable.

Celia fue a verlo el día que lo inauguró, si inaugurar era la palabra correcta para lo que fue en realidad una tarde de martes en que Francisco acomodó sus cosas y abrió la ventana y se puso a trabajar.

—Es perfecto para ti —dijo ella, mirando el espacio con esa capacidad suya de leer un lugar como si fuera un plano.

—Sí —dijo Francisco.

—Ni un cuadro en las paredes.

—Los cuadros distraen.

Celia sonrió y no dijo nada más. Se sentó en el único sillón del local, sacó su cuaderno y se quedó ahí el resto de la tarde mientras Francisco trabajaba. Como siempre.

Por su parte, Rodrigo Vergara le había regalado a Celia, al término de su carrera, un penthouse en la Torre Legend, un edificio de arquitectura contemporánea en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, diseñado por el mismo despacho que había concebido el Burj Khalifa de Dubái.

Era un regalo que en la familia Vergara no requería mayor explicación: Rodrigo tenía una hija, la hija había terminado una carrera con honores, y él tenía los medios para celebrarlo de esa manera. Celia lo recibió con el afecto genuino y la ausencia de asombro de quien ha crecido sabiendo que ese tipo de gestos es posible, sin que eso la hiciera menos agradecida.

Fue en ese penthouse donde Celia le propuso posar para él.

Lo dijo una noche en que estaban cenando los dos, con la ciudad extendida detrás de los ventanales como una maqueta iluminada. Francisco había terminado recientemente una escultura de torso femenino que había conseguido un lugar destacado en la Galería Páramo de Avenida Hidalgo, y Celia había ido a verla dos veces sin decírselo.

—Quiero que me hagas una escultura —dijo, con la misma naturalidad con que habría pedido que le pasara la sal.

Francisco la miró.

—Las modelos posan desnudas —dijo.

—Lo sé.

—No me parece buena idea.

—¿Por qué? —dijo Celia—. ¿Porque me conoces o porque te importa lo que piensen?

—Porque te conozco —dijo Francisco—. Y porque no quiero que nadie más te vea así.

Celia dejó el tenedor sobre el plato y lo miró con una paciencia ligeramente exasperada que él ya había aprendido a identificar.

—Francisco —dijo—. Sería en tu estudio. Solo tú. ¿De qué estás hablando?

Él no respondió de inmediato. Pensó en ello durante varios días, con la misma meticulosidad con que pensaba cualquier problema técnico, evaluando

variables y descartando objeciones una por una hasta que lo que quedaba era la respuesta limpia. Y la respuesta limpia era que Celia tenía razón. Que no había ningún riesgo real. Que la forma de Celia era, desde el punto de vista estrictamente escultórico, una de las más interesantes que había tenido cerca en años. Y que negar eso por una incomodidad que no resistía el análisis sería, en el fondo, una forma de deshonestidad artística.

—Está bien —le dijo una semana después, sin más preámbulo.

Celia sonrió.

—Ya era hora —dijo.

El trabajo le tomó casi un año. No porque la forma fuera difícil —Celia posaba con una quietud natural que habría envidiado cualquier modelo profesional— sino porque Francisco no estaba dispuesto a que fuera menos que perfecta. Construyó primero el alma en alambre de aluminio grueso, definiendo con la cabeza como unidad de medida la proporción exacta del cuerpo completo.

Rellenó con papel aluminio las zonas de mayor volumen para no desperdiciar material de modelado. Luego vino el trabajo fino en plastilina profesional, la que no se seca y permite detalles anatómicos extremos: los pliegues, la proyección de las venas del antebrazo, los poros de la piel en las zonas de mayor tensión muscular.

Llegó al extremo, porque Francisco Corbalán nunca supo dónde estaba el límite entre la precisión y la obsesión, de modelar las dos depresiones discretas que Celia tenía a los lados de la columna vertebral por encima de las nalgas. Modeló la pequeña cicatriz que ella se había hecho en la infancia en el costado derecho, cuando cayó de una bicicleta sobre una cerca de alambre de púas. Modeló el lunar ovalado que tenía en el cuello, justo debajo de la oreja izquierda.

Una noche Celia llegó al estudio y lo encontró trabajando en ese lunar con una herramienta de punta tan fina que parecía un instrumento quirúrgico.

—¿Estás modelando mi lunar? —dijo, entre divertida e incrédula.

—Sí —dijo Francisco, sin levantar la vista.

—Francisco. Es un lunar. Nadie va a saber que es mío.

—Yo sí voy a saber —dijo él.

Celia lo miró durante un momento. Luego se sentó en el sillón y no dijo nada más, porque había algo en esa respuesta que ella no supo del todo cómo clasificar, aunque tampoco le pareció necesario hacerlo en ese momento.

La escultura terminada se llamó *La chica de la playa*. Celia aparecía hincada con las nalgas recargadas sobre los tobillos, el cuerpo echado hacia atrás con los brazos extendidos apoyándose ligeramente en la arena de una playa imaginaria, la cabeza inclinada también hacia atrás con el pelo al viento. La postura era de Celia. La arena era de Francisco. Todo lo demás era de los dos, aunque de maneras distintas que ninguno de los dos habría sabido explicar con precisión.

Cuando Celia la vio terminada se quedó en silencio durante un tiempo que a Francisco le pareció demasiado largo.

—¿Qué piensas? —dijo él al fin.

Celia tardó todavía unos segundos en responder.

—Pienso —dijo despacio— que me conoces mejor de lo que yo creía. Y que no estoy segura de si eso me tranquiliza o me inquieta.

Francisco no entendió del todo a qué se refería. O quizás sí lo entendió y prefirió no detenerse en ello. La escultura consiguió un lugar preponderante en la Galería Páramo y fue la primera obra de Francisco Corbalán Buenaventura que el mundo del arte tapatío tomó en serio. Él se negó a venderla. Dijo que era su recuerdo más honesto.

Nadie, en ese momento, tenía razones para dudar de él.

CAPÍTULO 3

El matrimonio perfecto

Guadalajara, Jalisco

Se casaron en abril, en una ceremonia civil en el Palacio Municipal de Guadalajara que duró cuarenta minutos y que ninguno de los dos habría querido más larga. Cincuenta invitados, un almuerzo en un restaurante de la colonia Chapalita que Rodrigo Vergara pagó sin consultarles el menú porque conocía el gusto de su hija y sabía que Francisco no tenía opiniones fuertes sobre la comida, y una luna de miel de diez días en Lisboa que fue idea de Celia y que Francisco aceptó con la condición de que hubiera al menos dos tardes libres para visitar el Museu Nacional de Arte Antiga.

—Dos tardes en un museo —dijo Celia en el avión, con esa mezcla de resignación y ternura que ya había aprendido a producir cuando Francisco era Francisco—. En nuestra luna de miel.

—Tienen una colección de escultura medieval que no existe en ningún otro lugar de la península —dijo él, con la serenidad de quien expone un argumento irrefutable.

—Lo sé. Por eso te digo dos tardes y no una.

Francisco la miró.

—Tres —dijo.

Celia se rio y pidió otro vino al sobrecargo. Fueron tres tardes en el museo y siete noches en que Lisboa les perteneció a los dos de la manera en que las ciudades extranjeras pertenecen a los recién casados: sin historia propia todavía, sin rutina, con esa levedad provisional que hace que todo parezca posible y que dura exactamente lo que dura el viaje.

De regreso en Guadalajara construyeron una vida que tenía, vista desde afuera, todos los atributos de lo que la sociedad tapatía consideraba un matrimonio modelo. Él con su galería —la Galería Esencias, que abrió en una

casona restaurada de la colonia Americana con tres salas de exposición y un pequeño patio interior donde las esculturas de exterior encontraban su mejor luz— y su reputación creciente como referencia en el mundo del arte mexicano. Ella con su firma de restauración arquitectónica, que en pocos años conseguiría el encargo que la pondría en el mapa internacional: la intervención de las torres icónicas de la Catedral de Guadalajara, un trabajo de cuatro años que combinaba la ingeniería estructural con la sensibilidad artística de una manera que los especialistas de medio mundo vinieron a ver y a documentar.

Ambos jóvenes. Ambos exitosos. Ambos físicamente notables de maneras que la gente comentaba en voz baja en las reuniones a las que asistían juntos, que no eran tantas como Celia habría querido ni tan pocas como Francisco habría preferido, y que constituían en sí mismas un territorio de negociación permanente y generalmente no declarada.

Rodrigo Vergara los veía crecer con la satisfacción discreta del hombre que ha apostado bien. Los invitaba a cenar los domingos con la regularidad de un ritual que nadie había propuesto formalmente pero que todos respetaban, y en esas cenas Vergara y Francisco habían desarrollado una relación que no era exactamente amistad —eran demasiado distintos para eso— pero que tenía la solidez de dos hombres que se respetan porque cada uno ha encontrado en el otro algo que reconoce como genuino.

—¿Cómo va la galería? —le preguntó Vergara una noche, sirviendo el vino con la generosidad de quien tiene bodegas bien surtidas.

—Bien —dijo Francisco—. Cerramos el mes con tres ventas importantes. Un coleccionista de Monterrey y dos galerías de Ciudad de México que quieren representación para algunas piezas.

—¿Y tú sigues sin vender *La chica de la playa*?

Francisco lo miró.

—Esa no está en venta —dijo, con una calma que no admitía discusión.

Vergara asintió sin insistir, él nunca supo que era su hija la que había posado desnuda para Cisco, y considerando que no era muy amante de la escultura, cuando vio por primera vez la obra no se detuvo a examinar los detalles que tal vez pudieron hacerle pensar que fuera Celia.

La galería prosperó con la misma lógica metódica con que Francisco hacía todo. No por golpes de suerte ni por el azar de las tendencias del mercado, sino por la acumulación paciente de decisiones correctas: qué artistas exhibir, qué piezas comprar para el acervo propio, qué coleccionistas cultivar, qué ferias internacionales valían el viaje y cuáles eran ruido. Tenía un instinto para la calidad que sus competidores tardaron años en reconocer y que cuando lo reconocieron ya era demasiado tarde para alcanzarlo.

Su nombre empezó a aparecer en publicaciones especializadas de México, España y Argentina. Lo invitaron a participar como jurado en concursos de escultura en Monterrey y en Buenos Aires. Una revista de arte de Barcelona le

dedicó tres páginas a su trabajo con un título que Francisco consideró excesivo pero que Celia recortó y guardó en un cajón sin decírselo: *El escultor que hace hablar a los cuerpos*.

Trabajaba doce horas diarias con la constancia de quien no distingue entre el trabajo y la vida porque para él nunca habían sido cosas distintas. En ese estudio privado al que nadie más entraba, rodeado de sus herramientas y sus materiales y el silencio que era su condición natural de existencia, Francisco Corbalán era completamente feliz. O lo que en él se parecía más a la felicidad, que era una forma de concentración tan profunda que el mundo exterior dejaba de existir y solo quedaba la forma que estaba naciendo entre sus manos.

El problema —aunque todavía ninguno de los dos lo nombraba así, y quizás en esos primeros años ni siquiera lo percibían con suficiente claridad como para nombrarlo— era que Celia no estaba en ese estudio. Celia estaba en el mundo, que era donde ella necesitaba estar, y el mundo era precisamente el lugar donde Francisco menos quería pasar el tiempo.

Los primeros años lo manejaron con la flexibilidad de los recién casados que todavía creen que las diferencias de carácter son complementarias. Él iba con ella a las reuniones sociales que no podía evitar, se quedaba el tiempo suficiente para no resultar descortés y se marchaba antes de que la conversación se volviera insustancial, que en su experiencia era casi siempre antes de lo que Celia consideraba aceptable.

Ella respetaba sus mañanas de trabajo sin interrupciones, llegaba al penthouse sin esperarlo para cenar cuando él se demoraba en el estudio, y había aprendido a leer en su silencio no indiferencia sino concentración, que era una distinción importante aunque no siempre fácil de mantener presente.

—Valentina me preguntó hoy si eras antisocial —le dijo Celia una noche, sin ningún tono de reproche, mientras cenaban.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no. Que simplemente tenías estándares altos para la conversación.

Francisco consideró eso un momento.

—No está mal —dijo.

—No —dijo Celia—. Pero tampoco es del todo verdad. A veces creo que preferirías no salir nunca.

—A veces preferiría no salir nunca —admitió él.

—Lo sé. —Celia lo miró con esa expresión entre divertida y seria que él ya conocía bien—. Por eso salimos solo a veces.

Era un equilibrio. Frágil, como todos los equilibrios, pero real. Y mientras Rodrigo Vergara vivió, esos domingos en su casa fueron el punto de encuentro donde Francisco y Celia coincidían en un territorio neutral que los dos

respetaban y que funcionaba como ancla de una semana que de otro modo tendría muy pocos momentos compartidos.

Pero Vergara murió en el siguiente otoño de un infarto fulminante que no dio tiempo a nada: ni al hospital, ni a las despedidas, ni a ninguno de los rituales con que los vivos intentan darle forma a lo que no la tiene. Tenía sesenta y ocho años, había cenado bien la noche anterior, había dormido sin sobresaltos, se había levantado a las siete como siempre y había muerto antes de que el café terminara de hacerse.

Celia recibió la noticia en Madrid, donde estaba supervisando una consultoría para la restauración de un palacio del siglo XVII en las afueras de la ciudad. Francisco la llamó desde el hospital, con esa voz suya de las ocasiones graves que era idéntica a su voz de siempre pero con algo más quieto todavía en el fondo.

—Tu padre murió esta mañana —dijo—. Un infarto. No sufrió.

Hubo un silencio largo al otro lado de la línea.

—Voy en el primer vuelo —dijo Celia.

—Ya lo sé. Te espero.

Llegó esa misma noche. Francisco la recogió en el aeropuerto y manejó de regreso al penthouse sin decir casi nada, que era su manera de estar presente en los momentos en que las palabras no alcanzan, y que Celia en ese momento agradeció de una manera que tampoco pudo expresar con palabras.

El velorio, el entierro, los trámites sucesorios: todo ocurrió con la eficiencia gris de esas semanas en que la vida se organiza sola alrededor de la pérdida. La fortuna de Rodrigo Vergara era considerable —un patrimonio calculado en diez dígitos en millones de dólares, distribuido en empresas, bienes raíces e inversiones en cuatro países— y Celia era la heredera universal, designada así en un testamento que Vergara había actualizado dos años antes con la meticulosidad del hombre de negocios que sabe que ese documento es el último que va a firmar con consecuencias reales.

Francisco observó a Celia durante esas semanas con la atención silenciosa que era su manera de observar todo. La vio llorar, sí, pero menos de lo que esperaba. La vio reunirse con abogados y contadores con una eficiencia que en otro contexto habría parecido frialdad y que él interpretó, quizás correctamente, como la manera que tenía Celia de procesar las cosas: haciendo. Moviéndose. No deteniéndose demasiado tiempo en ningún lugar donde el dolor pudiera alcanzarla.

Lo que Francisco no interpretó correctamente —o no quiso interpretar, que no es lo mismo— fue la expresión que vio en el rostro de Celia la tarde en que el abogado le confirmó el monto exacto de la herencia. No era alegría, exactamente. Era algo más complejo y más difícil de nombrar. Pero tenía en ella algo de alivio, y ese alivio Francisco lo registró con la precisión con que registraba todo, lo guardó en algún lugar de su memoria sin etiquetarlo todavía, y siguió adelante.

La vida continuó. Pero algo había cambiado en la textura de las cosas, de una manera que todavía no era visible pero que Francisco, que tenía un ojo entrenado para las desproporciones, ya había empezado a notar.

Como siempre.

CAPÍTULO 4

La grieta

La primera vez que Celia canceló una cena de domingo fue por un compromiso de trabajo en Mérida que surgió con poco tiempo de aviso y que no podía posponerse. Francisco lo entendió. La segunda vez fue por un viaje a Barcelona que había planeado con un mes de anticipación y del que Francisco se enteró cuatro días antes de que ocurriera. Lo entendió también, aunque con menos naturalidad. La tercera vez no había viaje ni compromiso profesional. Había una reunión con amigos en un restaurante del centro que Celia consideró, sin decirlo explícitamente, más interesante que cenar en casa de personas que ya no estaban.

Fue entonces cuando Francisco entendió que los domingos habían dejado de ser un ancla.

No lo dijo. No era hombre de decir ese tipo de cosas, en parte porque le costaba encontrar las palabras para lo que no tenía forma física y en parte porque una vez dicho ya no había manera de desdecirlo, y Francisco tenía la costumbre de no abrir puertas que no supiera cómo cerrar. Pero lo registró con la precisión de siempre, lo añadió a una lista mental que llevaba ya varios años sin proponérselo, y siguió adelante.

Celia, por su parte, había entrado en una etapa de su vida profesional que la absorbía con una intensidad que ella misma no había anticipado del todo. La herencia de su padre la había liberado de cualquier preocupación económica de manera definitiva e irreversible, y esa libertad, lejos de relajarla, la había impulsado hacia proyectos cada vez más ambiciosos y cada vez más distantes.

Viajaba con una frecuencia que ya no era la del profesional que atiende compromisos puntuales sino la del nómada que ha encontrado en el movimiento una manera de estar en el mundo. Madrid, París, Ciudad de México, Buenos Aires, Bogotá: su agenda era una sucesión de vuelos y hoteles y reuniones en idiomas distintos que ella navegaba con la soltura natural de quien ha nacido sabiendo que el mundo es más grande que su ciudad.

Francisco se quedaba en Guadalajara. En su estudio. Con sus esculturas y su silencio y la vida ordenada y predecible que siempre había preferido y que ahora, con Celia fuera de ella durante semanas enteras, tenía una quietud que a veces se parecía demasiado a la soledad.

No era que se lo reprochara. O no exactamente. Era más bien que había empezado a notar la diferencia entre estar solo porque uno lo elige y estar solo porque el otro ha elegido estar en otro lugar, y esa diferencia, que

parecía pequeña desde afuera, tenía por dentro un peso específico considerable.

Su amigo Rodrigo Meneses, el único hombre con quien Francisco tenía algo parecido a una amistad verdadera —se conocían desde la carrera, compartían el gusto por el ajedrez y la costumbre de reunirse cada dos semanas en un café de la colonia Americana para jugar una partida larga y hablar poco— lo notó antes de que Francisco lo dijera.

—Estás raro —dijo Meneses una tarde, moviendo un alfil con la calma de quien tiene tiempo de sobra.

—Estoy igual que siempre —dijo Francisco.

—No. Estás más quieto. Y tú ya eres muy quieto de base, así que cuando estás más quieto que de costumbre es porque algo está pasando.

Francisco miró el tablero durante un momento.

—Celia lleva tres semanas en Europa —dijo.

—¿Y?

—Y nada. Lleva tres semanas en Europa.

Meneses lo miró por encima de sus fichas.

—¿La extrañas?

Francisco tardó un segundo de más en responder.

—Extraño que la casa tenga otro sonido —dijo al fin.

Meneses asintió sin decir nada más. Movié su torre. La partida continuó en silencio, que era como ambos preferían las cosas importantes.

El asunto de los hijos apareció tarde en su matrimonio, demasiado tarde quizás, como esas conversaciones que ambas partes han estado aplazando sin ponerse de acuerdo para aplazarlas. Francisco lo sacó una noche en que Celia acababa de regresar de un viaje largo y estaban los dos en la terraza del penthouse con una copa de vino y la ciudad abajo, en uno de esos momentos de tregua doméstica que a veces producen las llegadas.

—Deberíamos hablar de tener un hijo —dijo Francisco.

Celia lo miró. No con sorpresa exactamente, sino con la expresión de quien escucha algo que sabía que iba a llegar y que de todas formas no está del todo preparado para escuchar.

—¿Ahora? —dijo.

—No ahora mismo. Pero sí pronto. El tiempo no es infinito.

—Lo sé —dijo Celia—. Pero tampoco es tan urgente como lo planteas.

—No lo estoy planteando como urgencia. Lo estoy planteando como conversación.

Celia bebió un sorbo de vino. Miró la ciudad.

—No estoy lista —dijo.

—¿Para hablar de ello o para tenerlo?

—Para tenerlo. —Una pausa—. Y tampoco estoy segura de querer estropear mi cuerpo con un embarazo. Ya sé que suena frívolo. Pero es lo que pienso.

Francisco la miró durante un momento sin decir nada. Luego asintió, recogió su copa y entró al penthouse. No hubo pelea. No hubo portazo. Hubo simplemente ese silencio suyo que Celia había aprendido a leer como la forma que tenía Francisco de decir que una conversación había terminado sin llegar a ningún lado.

La conversación volvió, con variaciones, en otras dos o tres ocasiones. El resultado fue siempre el mismo: Celia se negaba con argumentos que cambiaban —el trabajo, el momento, el cuerpo, la libertad— pero cuya conclusión era invariable. Francisco escuchaba, asentía, y guardaba la respuesta en esa lista mental que seguía creciendo sin que él lo buscara.

Lo que Francisco no sabía todavía, o lo que prefería no saber con la misma determinación con que a veces se prefiere no encender la luz en una habitación oscura, era que Celia había empezado a construir una vida paralela a la suya con la naturalidad de quien lleva tiempo sintiéndose más cómodo fuera de casa que dentro.

Valentina Rosas fue quien, sin proponérselo, le dio la primera pista.

Se cruzaron una mañana en una cafetería de la Zona Rosa, Francisco saliendo y Valentina entrando, y se saludaron con la cordialidad un poco forzada de las personas que se conocen bien por intermediación de otros y que sin ese intermediario no tendrían gran cosa que decirse.

—¿Cómo está Celia? —preguntó Valentina, con un tono que tenía algo demasiado neutro para ser casual.

—Bien —dijo Francisco—. En Madrid esta semana.

—Ah. —Una pausa brevísima—. Qué bien.

Y siguió de largo.

Francisco se quedó en la acera un momento, con el café en la mano y esa sensación de quien acaba de escuchar algo sin haber escuchado nada concreto. Valentina sabía algo. O sospechaba algo. O simplemente había cometido el error de dejar que su cara dijera lo que su boca había decidido no decir, que en las personas expresivas suele ser el error más común.

Llegó a casa esa noche y abrió el correo electrónico de Celia.

No era la primera vez. Lo había hecho antes, en contadas ocasiones, siempre con el malestar de quien sabe que está cruzando una línea pero que encuentra en ese cruce una justificación que se construye sola. Esta vez encontró lo que no había encontrado las anteriores: una cadena de mensajes con un remitente llamado Alvar Cequera de Mendoza, fechados a lo largo de varios meses, cuyo tono evolucionaba con una claridad que no requería interpretación.

Los leyó todos. Tardó casi una hora.

Luego cerró la laptop, fue a su estudio, encendió la luz y se quedó de pie en medio de la habitación durante un tiempo que no habría sabido cuantificar, mirando las esculturas que lo rodeaban con esa quietud suya que era siempre más densa cuando algo importante estaba ocurriendo dentro de él.

No había llanto. No había furia en el sentido explosivo de la palabra. Había algo más frío y más profundo que eso, algo que se parecía a la certeza de quien acaba de ver confirmada una sospecha que llevaba tiempo formándose en los márgenes de su conciencia sin que se lo pidieran.

Celia lo estaba engañando. Celia llevaba meses construyendo con otro hombre algo que Francisco no podía nombrar todavía sin que le produjera una náusea que no era exactamente dolor sino una mezcla más compleja de humillación, desprecio y algo que tardó varios días en identificar correctamente.

Era la sensación de que algo que le pertenecía había sido dañado sin su consentimiento.

No Celia como persona. Celia como forma. Como la forma que él había inmortalizado en resina epóxica con una precisión que incluía cada vena, cada pliegue, cada lunar. Esa forma que él había capturado en el momento exacto de su perfección y que ahora alguien más estaba tocando con manos que no sabían lo que tenían entre ellas.

Se fue a dormir muy tarde. No dijo nada a la mañana siguiente cuando Celia llamó desde Madrid. La escuchó hablar de su trabajo, de un restaurante donde había cenado, del tiempo que estaba haciendo. Respondió con monosílabos precisos. Colgó sin que ella notara nada distinto.

Y empezó a pensar.

Porque Francisco Corbalán Buenaventura era, antes que nada y después que todo, un hombre que pensaba. Que tomaba los problemas y los descomponía en sus partes y los analizaba con la misma paciencia metódica con que analizaba una escultura defectuosa: buscando dónde estaba la falla, qué la había producido, y qué era necesario hacer para que no volviera a ocurrir.

El problema, esta vez, era de una naturaleza que sus herramientas habituales no alcanzaban a resolver.

Pero Francisco era un hombre paciente. Y los hombres pacientes, cuando deciden que algo tiene solución, casi siempre la encuentran.

CAPÍTULO 5

La confesión

Francisco no dijo nada esa noche. Ni la siguiente. Guardó lo que había leído en los correos de Celia con la misma meticulosidad con que guardaba cualquier cosa que necesitaba procesar antes de usar, y esperó. No porque tuviera miedo de la conversación sino porque sabía, con la certeza de quien se conoce bien, que necesitaba llegar a ella desde un lugar de absoluta calma.

La furia era un instrumento impreciso. Francisco no usaba instrumentos imprecisos.

La ocasión llegó sola, como suelen llegar las ocasiones que uno ha estado preparando sin apresurarse. Era una noche entre semana, Celia había regresado de un viaje corto a la Ciudad de México y estaban los dos en la cocina del penthouse, ella calentando algo en el microondas y él sentado a la barra con un vaso de agua, y había en el ambiente esa quietud doméstica de los matrimonios que ya no tienen mucho que decirse pero que todavía comparten el mismo espacio sin que eso produzca fricción visible.

—¿Quién es Alvar Cequera de Mendoza? —dijo Francisco.

Celia no se giró de inmediato. Terminó de sacar lo que estaba calentando, lo puso sobre la barra, y entonces sí lo miró. Su expresión no era de pánico ni de culpa en el sentido ordinario. Era la expresión de alguien que sabe que una conversación inevitable ha llegado finalmente y que ha decidido, en el tiempo que tardó en girarse, cómo va a tenerla.

—¿Leíste mis correos —dijo.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

Celia lo miró durante un momento. Luego se sentó en el taburete frente a él, al otro lado de la barra, y dejó el tenedor sobre el plato sin haber comido nada todavía.

—Es alguien que conocí en Madrid —dijo—. Hace casi dos años.

—Lo sé. Lo leí.

—Entonces ¿para qué preguntas?

—Porque quiero escucharlo de ti —dijo Francisco—. No de una pantalla.

Celia asintió levemente, como si esa respuesta le pareciera, en su propia manera retorcida, razonable.

—Es empresario —dijo—. Tiene treinta y un años. Importación y exportación de maquinaria industrial, aunque eso importa poco. —Una pausa—. Lo conocí en una cena de trabajo. Nos caímos bien desde el principio.

—¿Por qué?

La pregunta la tomó ligeramente por sorpresa, no por su contenido sino por el tono: genuinamente inquisitivo, sin ironía, como si Francisco estuviera recopilando información para un análisis y necesitara todos los datos.

—Porque es distinto a ti —dijo Celia, y luego añadió, con una honestidad que era también una forma de crueldad aunque no lo pretendiera—: Es muy joven todavía. Tiene esa energía de los que creen que el mundo está esperándolos. Y me miraba como si yo fuera lo más importante que había en cualquier habitación donde estuviéramos.

—¿Y eso te gustó.

—Sí —dijo Celia, sin bajar la vista—. Me gustó. Hacía mucho tiempo que nadie me miraba así.

Francisco recibió eso sin moverse. Lo procesó de la manera en que procesaba todo: en silencio, hacia adentro, sin que nada de lo que estaba ocurriendo dentro de él encontrara salida visible hacia afuera.

—¿Lo quieres? —preguntó.

Celia tardó un momento.

—No lo sé —dijo—. Sé que me hace sentir cosas que aquí adentro —hizo un gesto vago que abarcaba el penthouse, el matrimonio, los años— no siento desde hace mucho tiempo. Si eso es querer, no lo sé. Pero es real.

—¿Y él?

—Él sí —dijo Celia, con una franqueza que tenía algo de involuntaria, como si la pregunta le hubiera sacado la respuesta antes de que pudiera calibrarla—. Alvar es de esos que se entregan sin reservas. Es su manera de ser. A veces resulta agobiante, honestamente. Pero también es... —buscó la palabra— refrescante. Después de tanto tiempo de vivir con alguien que guarda todo adentro.

Francisco no respondió a eso. O quizás su silencio fue la respuesta.

Celia lo miró durante un momento con algo que podría haber sido arrepentimiento o podría haber sido simplemente cansancio, era difícil distinguirlos en ella cuando estaba así de directa.

—Francisco —dijo—, nuestro matrimonio lleva años siendo una forma sin contenido. Tú lo sabes tan bien como yo. Lo que pasó con Alvar es una consecuencia, no una causa.

—La causa —dijo Francisco— eres tú.

—Sí —dijo Celia, sin defensas—. Soy yo. Y también eres tú. Y también somos los dos juntos, que nunca fuimos del todo compatibles aunque nos empeñáramos en creer que sí. —Una pausa—. Por eso quiero el divorcio, Francisco. No por Alvar. Por todo lo demás.

Hubo un silencio largo. Francisco miró su vaso de agua. Celia miró su plato sin comer.

Celia volvió a decirle con toda calma y parsimonia:

—Mira, podemos separarnos de forma civilizada. Sin pleitos de ninguna clase. De común acuerdo como lo hacen las personas maduras que se han dado cuenta que la convivencia ya no funciona. Eso es lo que te propongo. Una separación sin drama, tal como a ti te gusta todo...en paz...tranquilos.

Cisco la miró unos momentos en forma curiosa pero en silencio y solo le dijo

—Dame seis meses solamente.

Celia levantó la vista.

—¿Para qué?

—Quiero tener tiempo tranquilo para terminar mi escultura *el chico de la playa*. —Lo dijo con la calma de siempre, como si estuvieran hablando de cualquier otra cosa—. Siempre fue mi intención que las dos estatuas estuvieran juntas en la galería, y si vamos a separarnos, quiero que eso al menos quede hecho. Es lo único que te pido.

Celia lo estudió durante un momento. En su mirada había algo que Francisco no supo leer del todo, una mezcla de perplejidad y de algo más suave que quizás era pena, o quizás era simplemente la conciencia de que ese hombre frente a ella era más extraño de lo que había creído durante todos esos años.

—Está bien —dijo—. Seis meses no son mucho tiempo.

—Solo que te voy a pedir una cosa — Le dijo Cisco con toda seriedad— y esta no es negociable si quieres de verdad el divorcio. Durante estos seis meses tendrás que dejar de viajar tanto, dejar de ver a tu amante y tendrás que mostrar ante todos mayor respeto por mi y nuestro matrimonio. Aunque esté a punto de terminar. Solo eso quiero de ti. Seis meses de un respeto que veo que me has perdido desde hace tiempo.

—No veo la razón para eso —le dijo muy seria Celia— pero tampoco tengo inconveniente si así voy a poder terminar con la farsa que ya resulta nuestro matrimonio. Acepto entonces tus condiciones: *Seis meses de espera como esposa amante y tierna para conseguir mi libertad*.

Lo dijo con un tono de sorna que no pasó desapercibido para Cisco, quien sin embargo solo asintió con la cabeza dando por concluido un acuerdo muy extraño para ambos, pero sin duda definitivo.

Celia recogió su plato, lo metió en el refrigerador sin haberlo tocado y se fue a su cuarto. Francisco se quedó en la cocina con su vaso de agua durante un tiempo que no habría sabido cuantificar.

Pensaba en Alvar Cequera de Mendoza. En sus treinta y un años y su energía de quien cree que el mundo lo está esperando. En la percepción que su presencia causaba en Celia. Pensó en esa manera en que la miraba “*como si fuera lo más importante de cualquier habitación*”, según ella le había dicho.

Francisco era capaz de entender eso. Él mismo había mirado a Celia así alguna vez, aunque de una manera distinta, con una atención que no era adoración sino estudio, que no era devoción sino posesión artística. Y se preguntó, por un momento brevísimo que no se permitió extender, si esa diferencia había sido siempre el problema central de su matrimonio.

Luego descartó la pregunta porque no era útil.

Al día siguiente Cisco se fue a su estudio y en soledad pensó fríamente en algo que le sorprendió a él mismo, aunque no dejó por ello de seguir considerándolo. Pensó en la forma de separación legal. Sabía que según la ley, cuando una pareja está casada por sociedad conyugal como ellos lo estaban, al divorciarse se sumaban los bienes que ambos pudieron haber obtenido en los años de unión y se dividían en forma justa en dos partes, pero conservando cada quien los bienes previos o los que existieran a causa de

herencias independientes del tipo y monto. Eso significaba que la cuantiosa fortuna de Celia, herencia de su padre, no sería incluida en el trato legal de la separación.

No dejó de recordar que cuando se casaron, jóvenes y enamorados según creían ambos, ni siquiera se habían detenido a pensar en contratos prematrimoniales o en una unión por bienes separados, ya que el casamiento era por amor y la decisión de casarse en sociedad conyugal la vieron como una forma más romántica de unir sus vidas.

Ahora ya pensaban diferente y aunque aún no hablaron de ese tema, Cisco sabía que en el divorcio llevaría las de perder, pues perdería a su esposa, a quien había amado y tal vez aún la amaba, y perdería una fortuna que aunque no necesitaba, consideraba más justo que él la tuviera en lugar de que fuera a parar en manos de un oportunista como Alvar Cequera, a quien ya tenía en el terreno de los seres despreciables.

Consideró oportuno entonces consultar más a fondo el tenor de las leyes civiles de México y del estado de Jalisco para estar seguro de sus posibilidades y lo hizo en solitario, en silencio, sin contárselo a nadie, porque había cosas que un hombre inteligente no comparte con nadie si no quiere que se conviertan en problemas futuros.

Lo que había encontrado era simple en su lógica y absoluto en sus consecuencias: con el divorcio conseguía la mitad de los bienes comunes solamente...y perdía a su esposa y su cuantiosa fortuna...pero sin hijos, sin testamento que designara otro heredero, el cónyuge supérstite lo heredaba todo en caso de que uno de los cónyuges muriera.

Si Celia moría, la fortuna heredada de Rodrigo Vergara, intacta, sin división, pasaría a sus manos sin la pérdida que implicaba el divorcio.

Divorciarse significaba la mitad de lo que habían construido juntos.

Enviudar significaba todo.

Francisco estaba solo en su estudio. Sacó los moldes de la estatua de Celia, los colocó sobre la mesa de trabajo con cuidado, encendió la lámpara. Sus manos se movieron con la precisión de siempre sobre los materiales. Su cara no expresaba nada en particular.

Pero en algún lugar detrás de esa calma que todos los que lo conocían habían aprendido a respetar sin entender del todo, algo había tomado ya una forma definitiva.

Algo que tenía la solidez y la frialdad de la resina cuando termina de curar.

CAPÍTULO 6

El acuerdo funciona

Los moldes de Celia llevaban años en una caja de madera que Francisco guardaba en el estante más alto de su estudio, junto a otros materiales de trabajo que ya no usaba pero que tampoco tiraba porque tirar algo que había

costado esfuerzo producir le parecía una forma de descuido que no se permitía.

Los había conservado con el mismo cuidado con que conservaba todo: protegidos del polvo, alejados de la humedad, en un orden que cualquier otro escultor habría reconocido como el de alguien para quien los materiales no son instrumentos sino parte del proceso mismo.

Los sacó esa noche sin prisa. Los colocó uno por uno sobre la mesa de trabajo bajo la lámpara. Los fue examinando con las manos y con los ojos, pasando los dedos por las superficies de silicón con la misma atención con que los habría pasado sobre la piel real, buscando si el tiempo había deteriorado algo, si algún detalle había perdido su fidelidad.

No había perdido nada.

Estaban perfectos.

Francisco los ordenó sobre la mesa con la meticulosidad de siempre y se quedó mirándolos durante un tiempo largo. Luego apagó la lámpara, cerró el estudio con llave y fue a dormir. No tardó en quedarse dormido, que era otra de las cosas que diferenciaban a Francisco Corbalán de la mayoría de los hombres: dormía bien en cualquier circunstancia, con la conciencia limpia de quien ha tomado sus decisiones y no ve razón para cuestionarlas una vez tomadas.

En los días que siguieron mantuvo con Celia la normalidad acordada con una precisión que habría admirado a cualquier actor profesional, aunque en Francisco no había nada de actuación. Simplemente había decidido comportarse de una manera determinada y se comportaba de esa manera, sin esfuerzo visible, sin fisuras.

Desayunaban juntos cuando los horarios coincidían. Intercambiaban información doméstica con la cortesía funcional de dos personas que comparten un espacio y respetan los límites del otro. Salían juntos ocasionalmente a los compromisos sociales que no podían evitar, y en esas salidas Francisco era el mismo de siempre: correcto, silencioso, atento sin ser efusivo.

Nadie notó nada. Nadie tenía por qué notar nada.

Celia, por su parte, cumplía su parte del trato con la misma eficiencia pragmática que ponía en todo lo que hacía. Había reducido sus viajes sin quejarse demasiado, o sin quejarse en voz alta, que no era lo mismo.

Alvar Cequera de Mendoza había desaparecido de su correo electrónico de una forma abrupta, que Francisco registró sin comentarlo, lo cual significaba o que Celia le había explicado la situación o que el joven empresario había entendido solo que había un período de espera. En cualquier caso el silencio digital de Alvar era también parte de un equilibrio que a Francisco le resultaba, en su extraña geometría, completamente satisfactorio.

Trabajaba en el chico de la playa con la misma paciencia con que había trabajado en la chica veinte años antes. Se tomaba a sí mismo como modelo

de referencia, aunque no de sí mismo en el presente sino de cuando era joven, que era el tiempo en que la historia de ambas estatuas debía situarse.

Tenía fotografías de esos años, algunas que Celia había tomado en el estudio durante las tardes en que se quedaba a verlo trabajar, y las usaba con la frialdad técnica del escultor que sabe que el modelo es un instrumento y no un objeto de nostalgia.

Una tarde Celia asomó la cabeza al estudio, cosa que hacía raramente desde que habían llegado a su acuerdo, y se quedó un momento mirando el trabajo avanzado.

—Va bien —dijo.

—Creo que sí —dijo Francisco, sin dejar de trabajar.

—¿Cuánto te falta?

—Tres meses, quizás cuatro. Depende de los acabados.

Celia asintió calculando mentalmente que Cisco no parecía haberle mentido y que terminaría ese trabajo en el tiempo prometido. Miró la estatua en proceso durante un momento, más bien con esa mirada suya de arquitecta que lee las formas en el espacio, y no pudo evitar sentir nostalgia en sus entrañas al ver y recordar ese cuerpo joven, atlético, fuerte, y lleno de energía que desbordaba con ella en sus primeros años de relación. Luego salió del estudio sin decir nada más. Francisco escuchó sus pasos alejarse por el pasillo y siguió trabajando.

Lo que Celia no podía ver, porque estaba en el proceso y no en el resultado, era que la estatua del chico de la playa no era el único trabajo que Francisco estaba realizando en esas semanas. El otro trabajo no tenía forma física todavía.

Existía únicamente en esa parte de su mente donde construía las cosas antes de construirlas, con la misma minucia con que diseñaba cualquier pieza compleja: pensando en los materiales necesarios, en las etapas del proceso, en los puntos donde algo podía salir mal y en cómo evitar que saliera mal.

Necesitaba crear un contexto. Una narrativa que existiera antes del hecho para que cuando el hecho ocurriera hubiera algo ya instalado en la memoria de quienes pudieran investigar. Algo que orientara las sospechas en una dirección que se alejara de él con la solidez de una evidencia construida con tiempo y con cuidado.

Entonces pensó que necesitaba que hubiera amenazas.

La idea llegó con esa limpieza característica de las soluciones que son correctas: sin ruido, sin dudas, con la sensación inmediata de que era exactamente lo que la situación requería. Amenazas anónimas recibidas por ambos, que establecieran desde antes un patrón de peligro externo, que crearan el antecedente de una amenaza real en el registro de las autoridades, y que cuando Celia desapareciera orientaran la investigación hacia la figura del secuestro o del crimen organizado, que en México era un destino tan

frecuente y tan oscuro que las investigaciones rara vez llegaban a ningún lado.

Pensó en los detalles con la misma atención con que pensaba los detalles de una escultura. El tono de las amenazas tenía que ser creíble: lenguaje de nivel bajo, faltas de ortografía deliberadas, sintaxis de quien no ha tenido educación formal. Lo suficientemente amenazante para tomarse en serio pero no tan específico como para que pudiera rastrearse a un hecho concreto.

El pretexto de las amenazas —que los acusaban de meterse en asuntos que no les incumbían— tenía que ser lo bastante vago para que ninguno de los dos pudiera desmentirlo con certeza.

El soporte tenía que ser también inatacable. Nada que pudiera rastrearse hasta él. Cibercafés en zonas alejadas de su domicilio habitual. Celulares desechables comprados con efectivo. Sin patrones de comportamiento que pudieran conectarse con su rutina.

Y el momento: antes de que Celia desapareciera, con el tiempo suficiente para que las denuncias quedaran registradas y los investigadores tuvieran ya un expediente cuando llegara el momento de necesitarlo.

Francisco calculó los tiempos con la precisión de siempre. Mayo para la primera amenaza. Agosto para la segunda, más intensa. Octubre para la tercera, la que haría que ambos decidieran encerrarse en el penthouse por seguridad. Y en noviembre, cuando el encierro estuviera establecido y los guardias de seguridad que Celia querría contratar ya estuvieran en sus posiciones, ocurriría lo que tenía que ocurrir.

Era un plan largo. Requería paciencia. Pero Francisco Corbalán Buenaventura era, antes que cualquier otra cosa, un hombre de paciencia extraordinaria. Lo había demostrado durante un año entero modelando cada poro de la piel de Celia en plastilina profesional. Lo había demostrado durante veinte años construyendo una galería que empezó siendo un local rentado en la colonia Americana y era ahora una referencia del arte escultórico en tres países. Lo demostraría también en esto.

Una tarde, mientras revisaba el avance de la estatua con la distancia crítica que siempre se tomaba antes de continuar, se permitió una reflexión que en otro hombre habría resultado inquietante pero que en él tenía la serenidad de quien constata un hecho técnico.

La estatua del chico de la playa sería su obra más ambiciosa porque sería una auto escultura de gran precisión, pero lo que ya había decidido al sacar los moldes de La chica de la playa, era en realidad lo que significaría su mayor obra, no por su complejidad escultórica, que tenía que reproducir en forma perfecta como la primera estatua, sino porque tendría un alma que ninguna otra escultura en el mundo tendría.

Un alma literal, construida con los elementos más permanentes del cuerpo que él había estudiado durante toda su vida: los huesos, que duraban siglos,

que resistían el tiempo con una solidez que la carne nunca tendría, que eran la arquitectura real de todo lo demás.

La chica de la playa llevaría dentro de sí todo lo que Celia había sido ¡literalmente! La forma perfecta que él había capturado veinte años atrás en resina epóxica seguiría siendo perfecta para siempre, sin envejecer, sin la posibilidad de volver a decepcionarlo, sin la capacidad de irse a Madrid a ver a un hombre de treinta y un años que creía que el mundo lo estaba esperando.

Permanente. Inmutable. Suya.

Francisco apagó la lámpara de trabajo y se fue al penthouse.

Celia ya había preparado algo en la cocina, que era uno de los términos de su acuerdo que ella cumplía con una puntualidad que él agradeció sin decirlo, porque agradecer en voz alta habría roto la atmósfera de normalidad funcional que ambos mantenían con tanto cuidado.

Cenaron frente a frente con la televisión encendida de fondo, que era la única concesión que Francisco hacía al ruido en su casa porque Celia necesitaba que hubiera algún sonido y la televisión sin volumen alto era preferible a la música, que lo distraía.

—¿En qué estás pensando? —dijo Celia en algún momento, sin apartar la vista de la pantalla.

—En los acabados —dijo Francisco—. Estoy dudando entre el pulido vítreo y el mate.

—El mate —dijo Celia, con la autoridad tranquila de quien tiene buen ojo—. El vítreo es demasiado para ese tipo de pieza. Necesita algo más quieto.

Francisco consideró eso.

—Sí —dijo—. Tienes razón, “mi estatua” tendrá el tono mate.

Y siguieron cenando en silencio, con la televisión de fondo, en el penthouse que era de Celia y donde los dos vivían todavía como si todo estuviera bien, como si los seis meses fueran simplemente un período de espera antes de una separación civilizada, como si ninguno de los dos supiera lo que en realidad estaba ocurriendo.

Aunque uno de los dos lo sabía perfectamente.

CAPÍTULO 7

Los preparativos

Cisco había previsto todo con la anticipación meticulosa que le era propia. Meses antes de que los guardias de seguridad empezaran a seguirlo a todas partes, antes incluso de que el plan de las amenazas se pusiera en marcha, ya estaba construyendo en silencio el andamiaje que lo sostendría todo. No había improvisación en ninguno de sus movimientos. Había secuencia, y la secuencia era tan precisa como la de cualquier proceso técnico que hubiera ejecutado en su vida.

Lo primero había sido llamar a don Refugio Palomares.

Le explicó que necesitaba un kit de herramientas de embalsamamiento para unos trabajos de modelado en los que estaba experimentando, y que creía que esos implementos le servirían mejor que los escultóricos que usaba habitualmente. Le pidió que se los enviara con un empleado de la funeraria directamente al penthouse, donde los guardaría hasta que los necesitara y que comprara otros para reponer los del envío, considerando que tal vez los deterioraría con el uso rudo que habría de darles.

Don Refugio no hizo preguntas. Era un hombre que había aprendido en tres décadas de trabajar primero con Aurelio y luego con Francisco que los Corbalán no explicaban más de lo necesario, y que solicitar más de lo ofrecido era una forma de insubordinación que ninguno de los dos habría tolerado con facilidad.

—Como usted diga, licenciado —dijo, usando el tratamiento que le daba a Francisco desde siempre, aunque Francisco no tuviera ninguna licenciatura, porque en su mundo cualquier hombre de posición y poco más de cuarenta años merecía ese título por defecto.

Las herramientas llegaron al día siguiente. Francisco las revisó una por una con la atención del cirujano que inspecciona su instrumental antes de una intervención: el set completo de bisturís de distintos calibres, las pinzas hemostáticas, los separadores, y la cánula de drenaje arterial con su sistema de bomba manual que Aurelio había comprado en un proveedor de Estados Unidos y que era, en su género, un instrumento de precisión extraordinaria. Todo en perfecto estado. Todo exactamente donde debía estar.

El ácido clorhídrico para licuar los órganos eviscerados los consiguió por su cuenta, distribuyendo las compras entre varias ferreterías y proveedores distintos de productos químicos, para que ninguna adquisición individual resultara llamativa. El galón de formaldehído al treinta y siete por ciento lo había sacado previamente de la funeraria sin etiqueta industrial, pero identificado con una pegatina casera, considerando que había un inventario suficiente de estos productos.

Ni siquiera pensó que hubiera riesgo por la sustracción no anunciada a Don Refugio, bajo la lógica de que a veces había desperdicios excesivos en los procesos de embalsamamiento cuando se sustituía la sangre por este químico, que por cierto debía ser al mismo tiempo para evitar el cierre de los vasos sanguíneos y los capilares, logrando así que el cuerpo en cuestión tenga una mayor durabilidad en su preservación.

Cisco sabía eso, no por interés real en el negocio, sino porque desde adolescente su padre le había enseñado todo el proceso, pensando que en algún momento su hijo pudiera llegar a continuar con su trabajo si esto llegara a ser necesario. Esos conocimientos nunca los aplicó en realidad, pero habían quedado sembrados en su cabeza de forma totalmente clara, por lo que no tenía ningún problema para enfrentarse con esos pasos en el proceso para llevar a cabo su plan original.

El resto de los químicos como son el metanol, que se cuidó de añadir al formaldehído para evitar que se polimerizara, el medio litro de citrato de sodio como anticoagulante, y el glutaraldehído para introducirlo en la cavidad torácica y abdominal cuando fuera eviscerado el cuerpo.

Finalmente la maleta. Una pieza de equipaje flexible y horizontal de gran formato, que Francisco había comprado en una tienda de artículos de viaje de la zona metropolitana pagando en efectivo, sin tarjeta, en un establecimiento donde la cámara de seguridad apuntaba a la caja registradora y no a los pasillos de exhibición. Era del tipo que usan los viajeros frecuentes para traslados largos: con ruedas resistentes, cierre de combinación y un interior pensados para organizar ropa pero que admitía otros usos con la misma eficiencia.

Todo quedó guardado en el cuarto de servicio del penthouse, que desde hacía años funcionaba como bodega de cosas en desuso y al que Celia nunca entraba. Francisco acomodó cada elemento con el orden que le era natural, verificó que nada estuviera a la vista desde la puerta, y cerró el cuarto con la llave que había existido siempre en ese marco y que simplemente nunca habían tenido razón de usar.

Celia nunca supo de esos movimientos. No había manera de que hubiera podido relacionar nada concreto con los planes de su marido, que era exactamente el efecto que Francisco buscaba: no la invisibilidad absoluta, que habría requerido una perfección imposible, sino la plausibilidad suficiente para que cualquier observación casual encontrara una explicación razonable antes de convertirse en sospecha.

En paralelo a todo esto, Francisco ya había terminado la estatua del chico de la playa. La había concluido con el acabado mate que Celia le había recomendado en aquella cena, y que en efecto era el correcto: daba a la resina una textura que absorbía la luz en lugar de reflejarla, produciendo una presencia más densa, más corporal, menos decorativa.

La figura era la de un hombre joven en el momento exacto de máxima energía física, de pie con el peso distribuido en una postura que tenía algo de atlético y algo de contemplativo al mismo tiempo, mirando hacia un horizonte que el espectador no podía ver pero cuya existencia resultaba completamente convincente.

Era técnicamente impecable. Francisco lo sabía con la certeza tranquila del artista que conoce su oficio sin necesitar que nadie se lo confirme, aunque cuando Celia la vio terminada y se quedó mirándola durante un tiempo largo y luego dijo en voz baja que era la mejor que había hecho, él registró el comentario con algo que en otro hombre habría sido satisfacción y que en él era simplemente la constatación de que ese instrumento estaba listo.

—¿Cuándo la llevas a la galería? —le preguntó Celia.

—Pronto —dijo Francisco—. Aún creo que debo hacerle algunos detalles.

Celia lo miró.

—¿No la consideras perfecta?

—Aún no —dijo Francisco, con la naturalidad de quien menciona un detalle técnico que el otro debería conocer—. Sabes que soy perfeccionista. Quiero darle a la resina un tratamiento adicional para evitar que se vaya resintiendo con el tiempo y la luz. Cuando esté lista del todo, la expondremos junto con la chica en el mismo pedestal. Quiero que sea el cierre definitivo de nuestra historia. Creo que nos lo merecemos.

Celia lo miró durante un momento con esa expresión suya de cuando algo le resultaba inesperado pero no del todo inexplicable dado quién era Francisco.

—¿Y tampoco las vas a poner en venta?

—Jamás pondré en venta ninguna de las dos —dijo Francisco—. Serán el mejor recuerdo que guarde de nuestro amor. Y la mejor muestra de mi talento como escultor.

Era una explicación romántica y verosímil para cualquier persona con el mínimo de sensibilidad hacia el mundo del arte. Celia, que la tenía por su formación de restauradora, no encontró en ella ningún punto de quiebre.

—Tiene sentido —dijo.

—Sí —dijo Francisco.

Y fue a su estudio a empezar la réplica que no había declarado a nadie, que solo existía en su mente, y que era indispensable para cumplir con sus planes.

Tenía los moldes originales. Los mismos que había conservado con tanto cuidado durante todos esos años, los que había sacado aquella primera noche después del acuerdo y examinado con los dedos buscando si el tiempo había deteriorado algo. No había deteriorado nada.

Estaban perfectos, como todo lo que Francisco Corbalán guardaba, y con ellos la réplica avanzó con una velocidad que habría sorprendido a cualquiera que no entendiera que hacer por segunda vez algo que uno ya sabe hacer es fundamentalmente distinto a hacerlo por primera vez.

Trabajaba en su estudio en forma rutinaria, como siempre lo hacía. Mezclaba la resina con los pigmentos con precisión de farmacéutico, vertía en el molde con la paciencia del que sabe que apresurarse produce burbujas y las burbujas producen imperfecciones, y las imperfecciones eran, en cualquier contexto, inaceptables. Esperaba los tiempos de curado con la misma tranquilidad con que esperaba todo.

El lunar del cuello. La cicatriz del costado derecho. Las depresiones a los lados de la columna vertebral. Cada detalle reproducido con la misma fidelidad con que había sido capturado la primera vez, porque esos detalles no eran decoración sino identidad, y la identidad de esta pieza en particular tenía que ser absolutamente la de Celia y nadie más.

Cuando la réplica estuvo terminada, Francisco la colocó junto al chico de la playa en su estudio y las miró durante un tiempo largo. Eran perfectas la una junto a la otra. La misma escala, la misma calidad técnica, el mismo acabado

mate que unificaba su presencia sin uniformarla. Dos personas capturadas en el momento exacto de su mejor versión, antes de que el tiempo y las decisiones y las decepciones las convirtieran en algo distinto.

Permanentes. Inmutables.

Le faltaba el último paso. El que convertiría la réplica de *La chica de la playa* en algo que ninguna otra escultura en el mundo había sido ni sería jamás.

Pero ese paso no podía darse todavía.

Primero tenían que llegar las amenazas.

CAPÍTULO 8

Las amenazas

La primera amenaza la envió un miércoles de mayo, a las once de la mañana, desde un cibercafé en la colonia Oblatos que quedaba a cuarenta minutos en coche de su domicilio habitual y que Francisco había localizado tres semanas antes durante uno de sus recorridos exploratorios por zonas de la ciudad que no frecuentaba.

Era un local sin pretensiones, con ocho computadoras viejas alineadas contra la pared, un mostrador donde una mujer joven vendía tiempo de conexión y refrescos, y la clase de clientela que no mira a los demás porque cada quien tiene sus propios asuntos y entiende que los demás también.

Pagó en efectivo. Se sentó en la computadora del fondo. Creó una cuenta de correo electrónico que había relacionado a un número de teléfono desechable, de los cinco que compró esa misma mañana con datos falsos, y redactó el mensaje con la concentración meticulosa de quien trabaja en un detalle fino.

El texto le había llevado varios días de preparación mental. No el contenido, que era simple, sino el tono: tenía que sonar como alguien que escribe con furia pero sin educación, con intención de asustar pero sin la precisión del que sabe asustar de verdad. Debía tener las faltas de ortografía correctas, las que cometería alguien de instrucción básica y no las que cometería alguien que finge no tenerla. Esa diferencia, que a la mayoría de la gente le habría parecido irrelevante, a Francisco le parecía la diferencia entre un trabajo bien hecho y uno que podía derrumbarse ante cualquier análisis grafológico o lingüístico mínimamente competente.

"savemos lo que andan haciendo y mas vale que le paren o van a ver lo que es bueno los dos. no se metan en lo que no les importa o van a ver"

Lo envió simultáneamente a las dos cuentas de correo: la de Celia y la suya. Borró el historial de la computadora y le corrió la aplicación de eliminación de rastreadores para eliminar hasta los archivos temporales, por si acaso. Pagó el tiempo restante sin pedir cambio y salió a la calle. Caminó tres cuadras antes de tomar un taxi de sitio que lo llevó a una zona neutral donde había dejado su Land Rover para irse directamente al penthouse. Cisco nunca había querido tener chofer, porque no le gustaba que nadie sancionara de forma

alguna sus movimientos. Celia en cambio lo tenía y siempre hacía uso de él, y de acuerdo a lo convenido con Cisco siempre lo tenía dispuesto en el estacionamiento del edificio.

De regreso en el penthouse encontró a Celia revisando su correo en la sala. La vio leer el mensaje, fruncir el ceño, y luego mirarlo con una expresión entre desconcertada e irritada.

—¿Viste esto? —dijo, girando la pantalla hacia él.

Francisco miró el mensaje con la expresión que había ensayado mentalmente: atención concentrada, preocupación moderada, la de alguien que lee algo desagradable pero que todavía no sabe qué hacer con ello.

—Sí —dijo, enseñándole su celular en forma distraída—. Yo lo recibí también. Es exactamente el mismo.

—¿Qué significa? ¿De qué asuntos hablan?

—No tengo idea alguna —dijo Francisco—. Debe ser una equivocación. O alguien que quiere asustarnos sin razón real. O se trata de un intento de fraude.

—Me parece una estupidez —dijo Celia, cerrando la laptop con un gesto que zanjaba el asunto—. No le haré caso alguno a esta pendejada.

Francisco asintió. Pero esa misma tarde llamó a su abogado Madrigal y le comentó el correo con un tono de preocupación medida, la de alguien que no quiere alarmar pero que tampoco quiere ignorar algo potencialmente serio. Madrigal le recomendó contratar a un detective privado para rastrear el origen del mensaje, y Francisco aceptó la sugerencia con la gratitud discreta de quien recibe un consejo que ya esperaba.

Así quedaron dos personas sabiendo del asunto: el abogado y el detective. Exactamente los dos testigos que Francisco necesitaba para cuando llegado el momento tuvieran que dar su declaración.

El detective encontró lo que Francisco sabía que iba a encontrar: la dirección IP de la computadora del cibercafé en Oblatos, un local público de acceso libre donde nadie recordaba a nadie y donde las cámaras de seguridad, si es que las había, grababan sobre sí mismas cada cuarenta y ocho horas. Cuando le presentó su informe y le recomendó mantenerse alerta ante cualquier nueva comunicación, Francisco le agradeció con la seriedad preocupada del hombre que empieza a tomar en serio una amenaza que no entiende.

Los meses de verano transcurrieron con la normalidad que Francisco había establecido. Trabajaba en la galería, avanzaba en la réplica, cenaba con Celia, dormía bien. La primera amenaza quedó archivada en la memoria del detective y en la preocupación moderada del abogado como un episodio inconcluso que no había vuelto a repetirse.

Hasta agosto.

La segunda amenaza llegó desde uno de los celulares desechables que Francisco había comprado en una tienda de conveniencia de Zapopan

pagando en efectivo, en un momento en que no llevaba consigo ninguno de sus dispositivos habituales, ni identificación ni nada que lo relacionara con su identidad.

La envió desde el cuarto de un hotel de mala muerte en la periferia de la ciudad adonde llegó a pie. Era un establecimiento donde nadie pedía identificación a quien pagaba por adelantado y donde la única cámara de seguridad apuntaba a la entrada principal y no al pasillo del segundo piso. Cisco de todos modos llegó con una gorra de beisbolista de los Yankees que después de salir del hotelucho tiró en un basurero.

Esta vez el tono era diferente. Más urgente. Más específico en su vaguedad.

"les dijimos que le pararan y siguen igual. ya se los alvertimos y no quieren entender. las consecuencias van a ser pa' los dos. ya saben a qué atenerse hijos de su chingada madre"

Celia sí se preocupó esta vez. Francisco lo vio en su cara cuando leyó el mensaje esa noche, una preocupación real que no tenía nada de exagerada y que a Francisco le resultó, en su calculada frialdad, perfectamente oportuna.

—Esto ya no me gusta —dijo Celia, dejando el teléfono sobre la mesa con un cuidado que delataba su incomodidad—. La primera vez podía ser una equivocación. Esto ya es otra cosa.

—Tienes razón —dijo Francisco—. Hay que ir a la policía.

—¿Crees que sirva de algo?

—Quizás no —dijo Francisco—. Pero tiene que quedar registrado. Si algo pasara después, necesitamos que conste que lo reportamos.

Celia lo miró durante un momento. En su expresión había algo que Francisco reconoció como el principio del miedo, no el miedo irracional sino el razonado, el de la persona inteligente que empieza a calcular riesgos reales.

—De acuerdo —dijo—. Pero ve tú. Yo no quiero tratar con policías.

Francisco fue al día siguiente con su abogado Madrigal, quien redactó y presentó la denuncia formal ante el Ministerio Público con la eficiencia de quien conoce bien ese trámite y sus limitaciones. El agente que los atendió tomó los datos, abrió una carpeta de investigación con el número correspondiente y les prometió que el caso entraría a proceso.

Madrigal, que llevaba años tratando con el sistema judicial mexicano, supo desde ese momento que la carpeta iría a parar al fondo de un altero donde esperaría en compañía de cientos de denuncias similares sin víctimas identificables ni sospechosos rastreables. Se lo dijo a Francisco con la honestidad profesional que lo caracterizaba, aunque sin el pesimismo de quien ha perdido la fe, sino con la resignación pragmática de quien ha aprendido a trabajar con lo que hay.

—Es probable que no avancen mucho —dijo Madrigal, mientras salían del edificio—. Sin una víctima concreta y sin un sospechoso identificable, estas investigaciones no tienen prioridad.

—Lo entiendo —dijo Francisco—. Pero al menos quedó registrado.

—Sí —dijo Madrigal—. Eso sí.

Francisco subió al coche pensando que Madrigal era un hombre útil precisamente porque era honesto. Y que su honestidad, en este caso, era también parte del plan sin saberlo.

Llegó octubre y con él la tercera amenaza, la que tenía que ser definitiva.

Francisco se internó una mañana en la zona del mercado Libertad en el barrio de San Juan de Dios con la preparación cuidadosa de quien va a terreno desconocido y conoce sus riesgos. Ropa sencilla sin marcas. Sin reloj. Sin cartera, solo algunos billetes de doscientos pesos en el bolsillo del pantalón por si lo asaltaban, que en ese barrio era una posibilidad real que no convenía ignorar. El celular desechable, que había comprado semanas antes y guardado sin usarlo, lo llevaba en la mano desde que bajó del taxi a seis cuadras del mercado.

Caminó entre los puestos con la cabeza baja y el paso constante de quien sabe adónde va aunque no sepa exactamente dónde está. Encontró una esquina con suficiente movimiento a su alrededor para que cualquier cámara que pudiera existir tuviera demasiadas personas en el encuadre como para individualizarlo, y desde ahí envió el mensaje.

"ya estuvo bueno cabrones. les avisamos y no quisieron entender. horita si ya se la van a pelar. a ti pinchi vieja te vamos a agarrar pa que aprendas a no andar de metiche donde no te importa. ya verás"

Nuevamente al correo de ambos. Era el momento de que la amenaza se volviera personal y directa, de que la narrativa que había construido durante meses diera el paso que la convertía de advertencia en acción supuestamente inminente. Tiró el celular desechable en un contenedor de basura a dos cuadras de ahí y tomó el primer taxi que pasó de regreso al centro de Guadalajara.

Esa noche encontró a Celia con una expresión de franco miedo que nunca había detectado en su rostro. Él mostró también la expresión de un hombre que por primera vez en este proceso siente que la situación lo supera.

Celia había leído el mensaje varias veces y cuando levantó la vista hacia Cisco lo hizo con voz temblorosa.

—Esto es una amenaza directa contra mí —dijo.

—Sí —le contestó Cisco.

—Francisco, esto es serio.

—Lo sé —dijo él—. Por eso ya estuve pensando qué vamos a hacer. Primero que nada contrataré guardias personales para los dos y para el penthouse. Pero además volveré a poner otra denuncia en extensión a la primera junto con mi abogado, y hasta creo que tú deberías quedarte en el penthouse durante un tiempo sin salir, mientras vemos qué sucede con la demanda. Yo haré todos los movimientos necesarios. Pediré la comida aquí mismo para que

no tengas que salir unos días y estaremos atentos hasta que la Fiscalía avance en la investigación.

—¿Y si no avanzan?

—Avanzarán —dijo Francisco, con una convicción que no tenía pero que sonaba completamente creíble—. Ahora ya hay una amenaza directa. Eso cambia el nivel de prioridad. Además tú en especial eres un blanco que les debería preocupar mucho por tu prestigio, tu fama y tu condición de hija de tu padre. Aunque él ya no está, su nombre aún pesa mucho.

Celia pensó durante un momento. Luego dijo lo que Francisco esperaba que dijera.

—Me parece muy bien contratar seguridad privada. Para los dos y para el edificio.

—Sí, creo que será lo mejor, por eso te lo propuse —dijo Francisco—. Es lo más sensato.

Y así, con la naturalidad de quien toma una decisión razonable ante una amenaza razonable, quedaron establecidas las condiciones que Francisco había diseñado desde el principio: el encierro, los guardias, la coartada perfecta de una pareja que se protegía junta de un peligro externo que nadie más podía ver porque nadie más sabía que no existía.

La guardia prevista para Celia tomó una forma diferente a la que cualquiera hubiera esperado. Los custodios fueron destinados a vigilar las entradas del edificio y el acceso al elevador privado que conducía al penthouse.

Celia no debía salir durante ese período, de modo que los guardias nunca supieron con certeza que ella estaba adentro. Lo que sí podían constatar, y lo que constarían llegado el momento, era que el único que entraba y salía del penthouse era Cisco, y que sus movimientos eran tan limitados y predecibles como él había previsto desde el principio: únicamente de su penthouse a su estudio y de regreso, sin desviarse a ninguna otra parte.

Todo estaba en su lugar.

Faltaba un mes para noviembre.

Su último movimiento de preparación fue ir a su galería de arte y cerrarla avisando que estaría fuera de servicio al público por mantenimiento. Contrató el servicio de transporte especializado y trasladó a La chica de la playa hacia su estudio, diciéndole al encargado que se la llevaría para corregir algunos detalles que necesitaba y para ubicarla en su nuevo pedestal que ya tenía listo en su estudio. Que ya después verían los resultados del trabajo que hacía y que esperaba sorprendería a todos sus clientes y admiradores.

No se equivocaba en eso

Porque realmente todos se sorprendieron

Aunque eso aún no lo sabían.

CAPÍTULO 9

El encierro

La droga no fue difícil de conseguir. Francisco la obtuvo en una visita única a un establecimiento nocturno de la zona de bares de la Calzada Independencia, un lugar donde la música era demasiado alta y la luz demasiado baja y donde los intercambios de ese tipo ocurrían con la naturalidad de quien compra cigarros. Llegó solo, sin nada que lo identificara, vestido con ropa que no usaba habitualmente y que después desecharía. Pagó en efectivo. No dio su nombre. Nadie se lo pidió.

El contacto fue un hombre joven de no más de veinticinco años, delgado, con una cadena de oro visible sobre la camiseta, que lo miró durante un segundo con la evaluación rápida de quien decide en milésimas si el que tiene enfrente es cliente o problema. Francisco sostuvo la mirada con la calma de siempre. El joven asintió levemente y le preguntó en voz baja qué necesitaba.

—Algo que duerma —dijo Francisco—. Profundo y rápido. Para una persona adulta.

El joven no preguntó para qué. Esa era precisamente la clase de establecimiento donde esa pregunta no se hacía. Desapareció por una puerta lateral y regresó en menos de tres minutos con un frasco pequeño de vidrio oscuro sin etiqueta. Francisco lo examinó brevemente, preguntó la concentración con la misma naturalidad con que habría preguntado el precio de un material de escultura, recibió una respuesta que le bastó, pagó y salió.

El frasco era de gamma-hidroxitirato. Incoloro. Inodoro. Soluble en cualquier líquido sin alterar su sabor de manera perceptible. Con una dosis moderada producía inconsciencia profunda en cuestión de minutos. Con una dosis generosa producía depresión respiratoria severa seguida de paro cardiorrespiratorio en un plazo que dependía del peso corporal y la condición física del receptor. Francisco había calculado la dosis con la misma precisión con que calculaba las proporciones de resina y endurecedor: sin margen de error, sin posibilidad de resultado intermedio.

El frasco quedó guardado en el cuarto de servicio junto con todo lo demás, esperando noviembre con la paciencia inerte de los objetos.

Noviembre llegó con la puntualidad de siempre.

El encierro había comenzado formalmente desde octubre, cuando los guardias tomaron sus posiciones y Celia dejó de salir del penthouse. En esas semanas de confinamiento compartido habían establecido una rutina doméstica que tenía algo de los primeros años de su matrimonio, cuando la proximidad era todavía natural y no una condición impuesta.

Desayunaban juntos. Celia trabajaba desde su computadora en los proyectos de restauración que podía atender a distancia. Francisco salía al estudio a sus horas habituales y regresaba para cenar. Hablaban de lo que tenían frente a ellos, que era poco, y de lo que vendría después, que para cada uno

significaba cosas completamente distintas aunque ninguno lo dijera con esas palabras.

Una noche, mientras cenaban con la televisión de fondo, Celia le preguntó algo que Francisco no esperaba.

—¿Crees que en diciembre podremos hacer todo de forma tranquila? —dijo, sin apartar la vista del plato—. El divorcio, digo. Los trámites.

—Sí —dijo Francisco—. Para diciembre esto ya habrá pasado.

—¿Y la galería? ¿Qué vas a hacer con la galería?

—La galería es mía —dijo Francisco—. Siempre lo ha sido.

Celia asintió. Bebió un sorbo de vino.

—No te lo estoy disputando —dijo—. Solo pregunto.

—Lo sé —dijo Francisco.

Hubo un silencio. La televisión hablaba de algo intrascendente. Francisco terminó su cena con la calma de siempre y llevó su plato a la cocina. Desde ahí, mientras enjuagaba, escuchó a Celia cambiar el canal con el control remoto, buscando algo que ver, con esa libertad distraída de quien se ha acostumbrado a compartir el espacio sin compartir el momento.

Esa noche Francisco durmió bien. Como siempre.

Era un martes cuando decidió que era el momento.

Celia estaba en la cocina preparando café cuando Francisco, con la naturalidad con que habría añadido azúcar, vertió en su taza una cantidad del líquido incoloro que llevaba semanas esperando en el cuarto de servicio. Se sentó frente a ella. La cafetera terminó su ciclo con el sonido habitual. Celia sirvió las dos tazas, puso la de Francisco frente a él con un gesto automático que tenía la mecánica de todos los gestos repetidos durante demasiados años, y se sentó.

—¿Revisaste si llegó algo de la Fiscalía? —preguntó, sosteniendo la taza con las dos manos como hacía siempre cuando el café estaba caliente.

—Nada todavía —dijo Francisco—. Madrigal me dijo que esta semana deberíamos saber algo.

—Ya llevan demasiado tiempo —dijo Celia—. A veces creo que nunca van a encontrar nada.

—Los encontrarán —dijo Francisco.

Celia bebió. Francisco la observó con la atención quieta de siempre, la misma con que había observado durante décadas la forma en que la luz cambiaba sobre una superficie de resina, la misma con que había seguido el progreso de un vaciado en sus primeras horas de curado. Una atención que no era afecto ni crueldad sino simplemente presencia total, la de alguien para quien mirar es siempre una forma de conocer.

—¿Sabes lo que más extraño? —dijo Celia en un momento, mirando su taza.

—¿Qué?

—Salir. Simplemente salir. Ir a tomar un café a cualquier parte, caminar por donde sea, sin pensar en nada. —Una pausa—. No soy buena para estar encerrada.

—Ya sé —dijo Francisco—. Pronto podrás salir.

Celia lo miró. En su expresión había algo que podría haber sido gratitud o podría haber sido simplemente el cansancio de quien lleva semanas en un espacio que se ha vuelto demasiado pequeño. Bebió otro sorbo de café.

No dijo nada más de momento. Y ya no pudo decir nada más .

En menos de veinte minutos perdió la consciencia.

Francisco la sostuvo antes de que cayera de la silla, con el cuidado técnico de quien maneja una pieza de valor que no debe dañarse, y la condujo al cuarto principal. La acomodó sobre la cama, donde había colocado un hule grueso nada especial, en la posición que requería el procedimiento siguiente.

Cuando verificó que la respiración se hubiera detenido y ya no detectó respiración alguna usando un espejo para detección de vapor de exhalación, supo que había sido correcta la dosis calculada

Celia estaba muerta.

Fue al cuarto de servicio a preparar el instrumental.

Lo dispuso sobre la mesa auxiliar que había colocado junto a la cama con la misma meticulosidad con que disponía sus herramientas de escultura antes de una sesión larga: cada bisturí en su lugar, la cánula de drenaje con su sistema de bomba manual, los recipientes, las bolsas. Luego fue al baño, abrió el grifo de la tina a un flujo constante, y conectó el extremo de salida de la cánula al desagüe.

La arteria femoral era el acceso estándar que su padre había usado siempre: calibre suficiente, localización accesible, flujo adecuado para el vaciado completo. Francisco hizo la incisión con el bisturí de mayor calibre con la precisión de quien conoce el oficio de forma precisa. Fue exacto al cortar y no tuvo que hacer muchos intentos para canular la arteria femoral en forma satisfactoria y apretar la cánula con un hilo de seda del cero para entonces activar la bomba de vaciado.

El procedimiento de drenaje tomó treinta minutos.

Cuando el flujo se detuvo Francisco verificó el vaciado en la tina para ver que solo quedaban residuos de sangre. Dejó el grifo correr un poco más y mientras eso ocurría procedió con la segunda fase. Manteniendo la arteria femoral con la cánula con la que había vaciado la sangre, cambió el flujo de la bomba para que en lugar de extraer inyectara y conectó la vía alterna al depósito de formaldehído y metanol que ya tenía dispuesto con 5 litros de mezcla.

Lentamente, fueron inyectados en el sistema circulatorio del cuerpo inerte de Celia, casi 4 y medio litros de la mezcla hasta que el sistema vascular quedó saturado con dicho agente preservante. La sustancia penetraría los tejidos en

las horas siguientes, fijándolos, deteniendo cualquier proceso de descomposición y convirtiendo lo que quedaba en algo que el tiempo no podría alterar con facilidad.

Cuando la bomba ya no aceptó seguir inyectando la mezcla en el cadáver, ligó la arteria femoral tanto en la parte proximal como distal con seda del doble cero, de donde la había canulado para evitar fugas innecesarias y pasó el cuerpo a la tina que ya estaba perfectamente limpia de la sangre y agregó varios kilogramos de hielo para abrir la llave del grifo hasta cubrir totalmente el cuerpo de la mujer con la intención de dejarla así durante dos días cuando menos.

No supo por qué, pero decidió cubrir la tina donde estaba el cuerpo de la que había sido su esposa con un hule negro para evitar estarla viendo.

Durante esos dos días Francisco mantuvo su rutina con una regularidad que resultaba tranquilizadora para los agentes que cuidaban en dos turnos de doce horas el acceso al penthouse, o de cualquier observador externo que hubiera podido estar interesado. Salía al estudio a las horas de siempre, regresaba a las horas de siempre. Pedía comida por teléfono. Encendía la televisión por las noches. Dormía las horas necesarias. Los guardias lo veían entrar y salir con la indiferencia de quien ha catalogado a alguien como predecible y ha dejado de prestarle atención más allá de lo estrictamente necesario.

Nadie preguntó por Celia porque “nadie sabía que Celia estaba adentro” y porque Cisco le había pedido precisamente a Celia que avisara a todos los que pudieran interesarse por ella, que estaría incomunicada por varias semanas porque estaría atendiendo asuntos familiares que no le permitirían distracciones de ningún tipo. Ella ni siquiera había dudado en hacerlo y había instruido a todo su entorno desde semanas antes que ella no atendería comunicaciones ni siquiera por teléfono, correo o cualquier otro medio.

Una tarde, mientras esperaba que pasaran las horas necesarias para el curado completo del formaldehído, Francisco fue a su estudio y estuvo un rato mirando las dos estatuas. El chico y la chica de la playa, juntos, perfectos, con el acabado mate en la de él, que absorbía la luz sin devolverla. Los miró durante un tiempo largo con las manos en los bolsillos y ninguna expresión particular en el rostro.

Luego regresó al penthouse y preparó café.

Al tercer día procedió a la evisceración.

Volvió a sacar el cuerpo de Celia. Lo secó cuidadosamente. Lo puso nuevamente en la mesa auxiliar que había dispuesto para ello y empezó su labor haciendo una incisión en “Y” a lo largo de su tórax y abdomen hasta la sínfisis pública para empezar a sacar lenta y parsimoniosamente el corazón, los pulmones, los rosarios ganglionares, el hígado, estómago y demás vísceras de ambas cavidades. Tuvo especial cuidado con los intestinos ya que los ligó en la parte superior como inferior para evitar que se exprimieran en su campo quirúrgico. Fueron vaciados sin asco alguno en el sanitario y activado

el flush tantas veces como fuera necesario para que no hubiera rastro de las excreciones ventrales de Celia.

Esos órganos abdominales y torácicos, que fueron extraídos en orden, con la familiaridad de quien ha estudiado anatomía durante décadas, fueron depositados en el recipiente grande de plástico que contendría el ácido clorhídrico a la concentración necesaria para la licuefacción completa de los tejidos blandos como paso subsecuente.

Al terminar de depositar los órganos en dicho recipiente lo sacó a la terraza cubierta del penthouse, en la zona parcialmente oculta por el follaje del jardín decorativo del roof garden, donde la ventilación natural dispersaría las emanaciones, para después verter en el interior la cantidad necesaria del ácido que licuaría los tejidos.

Cuando dejó fuera el recipiente de licuefacción, continuó con el tratamiento de las cavidades torácica y abdominal que fueron embebidas con glutaraldehído, un agente de fijación de mayor penetración que el formaldehído, aplicado mediante irrigación directa hasta saturar completamente los espacios internos. El glutaraldehído completó el proceso de preservación, garantizando una estabilidad estructural que podría mantenerse durante mucho tiempo sin deterioro apreciable.

Francisco calculó cuarenta y ocho horas para la licuefacción completa, que por cierto resultaron ser cincuenta y dos, y cuando hubieron transcurrido el contenido fue combinado con una solución abundante de agua con bicarbonato de sodio para neutralizar la acción corrosiva del ácido, luego de lo cual pudo ir desechando en el drenaje de la terraza, en vaciados sucesivos, el contenido residual de agua y sales que quedaba.

Lo que quedaba entonces de Celia Vergara Dávila era, en términos técnicos, un sistema osteomuscular preservado, sin contenido visceral, sin fluidos corporales. Francisco se pesó en la báscula del baño y pudo ver que el dispositivo digital marcaba setenta y seis kilogramos, luego cargó los restos de su esposa y se volvió a pesar. Restando su peso quedaban veintiséis kilogramos. Casi la mitad del peso original. Una reducción que convertía el problema logístico en algo perfectamente manejable para un hombre solo.

El descuartizamiento fue el último paso antes del empaque.

Francisco lo ejecutó con los bisturís de mayor calibre para las partes blandas, y con un cuchillo deshuesador común, de los que usan los carniceros, aunque con un filo muy bueno. No hubo necesidad de utilizar la sierra de hueso que había pertenecido a su padre.

Separó las extremidades superiores a nivel de los hombros, luego los antebrazos y las manos. Continuó con las extremidades inferiores a nivel de las caderas, luego con las pantorrillas y los pies. Al final dejó la cabeza, que cortó a nivel de la séptima vértebra cervical. El tronco fue el que quedó como pieza única. Catorce segmentos en total, cada uno de un peso y una dimensión que no presentaba dificultad de manejo individual.

Cada segmento fue introducido en una bolsa de plástico grueso de alta densidad, del tipo que se usa en residuos hospitalarios, sellada herméticamente con precinto de doble capa.

Todavía se dio el respiro de dividir el traslado de las partes en dos viajes. En uno llevaría el tronco únicamente, y el otro con las otras trece partes. Francisco no tuvo problema para meter en la maleta el tronco para el primer viaje y todavía fue a ducharse con el cuidado meticuloso que ponía en cualquier procedimiento de limpieza post trabajo. Preparó café, y se sentó en la sala con una taza en la mano y la ciudad visible detrás de los ventanales, igual que cualquier otra mañana de cualquier otro día.

Encendió la televisión.

Las noticias de las ocho hablaban de política, de economía, de un temblor menor en el sur del país que no había causado daños. Francisco escuchó durante un rato, bebió su café hasta el final, y apagó la televisión.

Se quedó un momento en silencio, mirando los ventanales.

Pensó en Celia. No en lo que había hecho sino en lo que había sido: la chica que entró al taller de escultura con quince minutos de retraso y una carpeta bajo el brazo, que le había señalado el pulgar demasiado corto en el antebrazo de arcilla, que había posado para él con esa quietud natural que habría envidiado cualquier modelo profesional, que había dicho aquella noche frente a la estatua terminada que no estaba segura de, si le tranquilizaba, o le inquietaba que él la conociera tan bien.

Ahora la conocía mejor que nunca.

Ahora la conocía para siempre.

Se puso de pie, recogió la taza, la llevó a la cocina.

No hubo problema con el traslado de los restos en los dos viajes que llevó hasta su estudio para el proceso de descarnamiento que significaba un trabajo más laborioso y detallado.

CAPÍTULO 10

El alma de la estatua

El estudio estaba en silencio cuando Francisco llegó por segunda vez con la maleta.

Eran apenas las 8 de la mañana y la colonia Americana tenía esa quietud de los barrios residenciales cuando la jornada apenas iniciaba y todavía no han comenzado los grandes movimientos. Los guardias que lo seguían a todas partes lo vieron entrar al local con su equipaje de trabajo habitual —porque Francisco había acostumbrado desde semanas antes a llevar y traer materiales en maletas y bolsas de distintos tamaños, de modo que ningún traslado en particular resultara llamativo— y ninguno hizo comentario alguno. Uno de ellos se quedó en el coche. El otro esperó en la acera con la paciencia

de quien ha aprendido que su trabajo consiste en estar presente y no en preguntar.

Francisco cerró la puerta del estudio con llave desde adentro, encendió las luces de trabajo, y abrió la maleta sobre la mesa central.

El proceso de descarnamiento requería tiempo, paciencia y una iluminación adecuada. Las tres condiciones estaban dadas. Francisco había estudiado la técnica en los libros de su padre desde mucho antes de necesitarla, con la misma curiosidad metódica con que había estudiado todo lo que alguna vez le había parecido relevante, sin saber todavía para qué le sería relevante. Ahora lo sabía.

Trabajó durante tres días consecutivos, en sesiones de cuatro a cinco horas cada una, con los instrumentos dispuestos en el orden correcto y la misma concentración que ponía en cualquier trabajo que exigiera exactitud sostenida. El bisturí para los tejidos blandos, el raspador de periostio para limpiar las superficies óseas, el cepillo fino para los detalles. El proceso era lento por naturaleza, no por dificultad: cada hueso requería su tiempo, su atención específica, su limpieza individual antes de quedar listo para el paso siguiente. Tuvo especial cuidado cuando seccionó con la sierra la tapa del cráneo para extraer el cerebro y las inervaciones periféricas, pero quedó satisfecho con los resultados.

Los tejidos descarnados siguieron el mismo destino que las vísceras: tratados con ácido clorhídrico en recipientes separados, neutralizados con bicarbonato, desechados en el drenaje con agua abundante. Francisco mantenía el área de trabajo limpia con la meticulosidad del cirujano que sabe que el orden en el campo operatorio no es una preferencia estética sino una condición funcional.

Cuando el esqueleto de Celia estuvo completamente limpio, y después de haber sometido a una inmersión de cuarenta y ocho horas en amoníaco diluido para eliminar la grasa todos y cada uno de los huesos, Francisco lo dispuso sobre la mesa de trabajo y lo examinó con la atención del escultor que evalúa la calidad de un material antes de usarlo.

Quiso aún, someter el esqueleto a una inmersión en agua oxigenada con peróxido de hidrógeno al diez por ciento para dejar blanqueados todos los huesos, y cuando tuvo el resultado lo volvió a colocar en la mesa de trabajo para admirar su obra.

Era un esqueleto femenino adulto en excelente estado con huesos blancos y brillantes, con la densidad mineral propia de una mujer que había cuidado su salud con la misma dedicación con que había cuidado todo lo demás. Los huesos largos tenían la proporción exacta que Francisco recordaba de Celia y que había capturado veinte años atrás en plastilina y luego en resina: el fémur, la tibia, el radio, el cúbito, todos con las dimensiones que él conocía de memoria porque las había reproducido con fidelidad milimétrica. La rótula, especialmente, tenía esa densidad característica del hueso sesamoideo que Francisco reconoció con algo que en otro hombre habría sido ternura y que en él era simplemente reconocimiento técnico.

Empezó el armado.

Usó alambre de aluminio del mismo calibre que había usado para construir el alma de la estatua original veinte años atrás, y que usaba para cualquier pieza de gran formato: lo suficientemente resistente para sostener el peso de la resina, lo suficientemente maleable para ajustarse a la geometría exacta que requería cada articulación. Fue uniendo los segmentos del esqueleto con la paciencia del orfebre que ensambla piezas que deben encajar con precisión, verificando en cada paso que la postura resultante correspondiera exactamente a la de la estatua original: las rodillas flexionadas con las nalgas recargadas sobre los tobillos, el tronco inclinado hacia atrás, los brazos extendidos apoyándose ligeramente en la arena imaginaria, la cabeza echada también hacia atrás con el pelo al viento.

Colocó el esqueleto ensamblado por partes, dentro de los moldes de silicón que había preparado semanas antes, verificó que cada elemento estuviera en la posición correcta, y procedió al vaciado de cada extremidad, del cráneo, del tronco, de las manos y de los pies.

Cuando los tuvo listos vació la mezcla de resina epóxica con los pigmentos traslúcidos que semejaban mármol era la misma que había usado la primera vez, en las mismas proporciones, con el mismo proceso de eliminación de microburbujas en cámara de vacío que garantizaba una superficie impecable. Francisco la vertió con lentitud sobre cada parte del esqueleto posicionado, rellenando los espacios, cubriendo cada hueso hasta que la forma le satisfizo en todas ellas.

Al final unió las partes y el cuerpo desnudo de Celia emergió del molde con la misma exactitud con que había emergido la primera vez, veinte años atrás, cuando ella estaba viva y posaba para él con esa quietud natural que habría envidiado cualquier modelo profesional.

Esperó las veinticuatro horas de endurecimiento total.

Luego procedió al lijado: papel de agua de grano cuatrocientos avanzando hasta dos mil, con la paciencia del que sabe que este paso es el que determina la calidad final de la superficie. Los residuos de las líneas de unión del molde desaparecieron bajo la lija con la misma inevitabilidad con que desaparece cualquier imperfección cuando se le dedica el tiempo suficiente. El pulido final produjo ese acabado mate que Celia había recomendado en aquella cena y que Francisco había aplicado también al chico de la playa: una superficie que absorbía la luz sin devolverla, que tenía la densidad visual de algo vivo sin pretender serlo.

Cuando la nueva estatua de *La chica de la playa* estuvo terminada, Francisco la colocó junto al chico en la mesa central del estudio y las miró durante un tiempo largo.

Eran idénticas en acabado, en textura, en calidad. Casi idénticas en posición, porque la estatua de Cisco mostraba un joven en posición de flor de loto no forzada y con los brazos a los lados y no hacia atrás. Casi idénticas en la misma escala, y la de Celia tenía el mismo acabado, el mismo lunar en el

cuello, la misma cicatriz en el costado derecho. Cualquier persona que hubiera visto la original en la galería durante años y viera esta ahora no habría encontrado ninguna diferencia porque no había ninguna diferencia que encontrar.

Salvo una. Una diferencia que nadie podría ver desde afuera y que Francisco era el único en el mundo que conocía.

Esta tenía alma viva. Los huesos de Celia aún tenían vitalidad porque a pesar de los tratamientos un tejido óseo se mantiene vivo durante mucho...mucho más tiempo.

La sustitución en la galería requirió una sola noche y la colaboración involuntaria de Ernesto Quiñones, el encargado de la galería, a quien Francisco llamó para pedirle que le diera acceso fuera de horario porque necesitaba hacer ajustes técnicos en la instalación de las dos piezas antes de la inauguración conjunta.

Quiñones, que llevaba doce años trabajando para Francisco y que había aprendido que las peticiones de su jefe fuera de horario eran parte normal del oficio, abrió la galería a las once de la noche sin hacer preguntas y se retiró a la pequeña oficina del fondo a esperar.

Francisco trabajó solo en la sala principal.

Colocó la nueva estatua de *La chica de la playa* en el pedestal, ajustó la iluminación, verificó el ángulo desde cada punto de la sala. Luego instaló *El chico de la playa* en el pedestal ampliado que había mandado fabricar semanas antes, de manera que ambas figuras quedaran en la relación espacial que había concebido desde el principio: ella hincada con los brazos extendidos hacia atrás, él sentado junto a ella mirando hacia el mismo horizonte invisible, separados por la distancia exacta que producía la tensión correcta entre las dos formas.

Estuvo ajustando detalles durante casi dos horas. Cuando terminó se alejó hasta el fondo de la sala y miró el conjunto desde la distancia máxima que el espacio permitía.

Era su mejor obra. Lo sabía con la certeza tranquila con que sabía todo lo que era verdad y no necesitaba que nadie se lo confirmara.

Llamó a Quiñones desde la puerta de la sala.

—Ya terminé —dijo—. Puedes cerrar.

Quiñones asomó la cabeza, miró las dos estatuas en su pedestal compartido con la expresión del hombre que lleva años trabajando con arte y que reconoce la calidad aunque no siempre sepa explicarla.

—Quedaron impresionantes —dijo.

—Sí —dijo Francisco—. Creo que sí.

La inauguración conjunta de *El chico de la playa* y la nueva instalación de *La chica de la playa* tuvo lugar tres semanas después, en una noche de diciembre que la Galería Esencias llenó con la clase de personas que llenaban

ese tipo de eventos: coleccionistas, periodistas de arte, colegas escultores, conocidos de Celia Vergara, y por supuesto amantes del arte escultórico que siempre habían seguido a Cisco y su obra, además de los nuevos curiosos atraídos por la publicidad del evento.

Francisco los recibió a todos con la cortesía distante que siempre había tenido en los eventos sociales, respondió las preguntas sobre las obras con la precisión técnica que le era natural, y declinó con la misma amabilidad de siempre las preguntas sobre la ausencia de Celia en momentos como ese, diciéndoles que aún estaba resolviendo asuntos personales que le impedían estar ahí en esos momentos, pero que ella había querido que se inauguraran los “chicos de la playa” sin mayor dilación.

Nadie encontró nada que objetar a eso.

En un momento de la noche, cuando el grueso de los invitados estaba concentrado en el otro extremo de la sala, Francisco se quedó solo frente a las dos estatuas con una copa de champán en la mano. Las miró durante un momento con esa atención total que era su manera de estar presente en cualquier lugar.

Levantó levemente la copa.

Un gesto mínimo, casi imperceptible, que nadie habría podido interpretar aunque lo hubiera visto.

Bebió.

Y se giró a recibir a los siguientes invitados.

CAPÍTULO 11

El viudo inconsolable

Faltaban todavía tres semanas para la fecha acordada con Celia para firmar los trámites del divorcio cuando Francisco entró al sanitario de un Sanborns del centro histórico, cerró el pestillo, sacó otro de los celulares desechables que había comprado meses atrás y que había conservado intacto para este momento, y redactó el mensaje que cerraría el arco de la narrativa que había construido desde mayo.

Era el más corto de los cuatro. Y el más definitivo.

"te advertimos que dejaras de hacer chingaderas cabrón. ora ya vistes que no te dejimos mentiras. si quieres volver a ver a tu vieja tienes que callarte el ocico y aser lo que queremos. luego te llamamos pa decirte como"

Lo envió únicamente a su propio correo. Esta vez no a Celia, porque Celia ya no tenía correo que revisar. Esta vez el mensaje era para él solo, y su función era convertir lo que hasta ese momento había sido amenaza en algo que la Fiscalía y los medios pudieran clasificar con una categoría conocida: secuestro con fines de extorsión, presumiblemente vinculado a grupos del crimen organizado.

Tiró el celular en el cesto de basura del sanitario, salió, pagó un café que no bebió, y fue directamente a llamar a Madrigal desde su propio teléfono, pero antes de hacerlo marcó diez veces el número de celular de Celia, el cual ya no existía porque lo había echado en un camión de recolección de basura después de pisarlo y romperlo. La intención obvia de hacer esas llamadas era para hacer congruente su versión de que al enterarse del mensaje de los “secuestradores” había tratado de localizar a su esposa por teléfono y al no poder hacerlo, había tenido que llamar a su abogado para lo que debiera hacerse.

—Llegó otro mensaje —le dijo, con una voz que había calibrado durante el trayecto: la del hombre que ha recibido el golpe que temía y que todavía no ha terminado de procesar lo que significa—. Madrigal, creo que tienen a Celia.

El silencio del abogado duró exactamente lo que necesitaba para que Francisco entendiera que lo que seguía iba a ser diferente a todo lo anterior.

—Voy para allá —dijo Madrigal—. No hagas nada todavía.

Llegó en veinte minutos. Leyó el mensaje. Llamó a la Fiscalía desde el propio penthouse, identificándose como abogado defensor en un caso de posible privación ilegal de la libertad, y consiguió en menos de una hora lo que las denuncias anteriores no habían conseguido en meses: una respuesta inmediata, un equipo asignado, una carpeta de investigación elevada a prioridad.

Los agentes llegaron esa misma tarde. Interrogaron a Francisco durante dos horas en presencia de Madrigal, sentados en la sala del penthouse donde la ciudad seguía siendo visible detrás de los ventanales con la indiferencia de siempre. Francisco respondió cada pregunta con la coherencia que produce no tener que inventar nada porque todo lo que decía era, en algún sentido técnico, verdad: nunca había sabido a qué se referían los mensajes, nunca había tenido conflictos con ningún grupo que justificara esa clase de amenazas, Celia le había dicho que estaría incomunicada por asuntos personales y él no había sospechado nada porque era una decisión que ella tomaba con frecuencia cuando tenía proyectos que requerían concentración total, y cuando llegó el último mensaje y ya no pudo localizarla por ningún medio entendió que algo había pasado.

Lo dijo todo con el tono exacto. Sin apresurarse. Sin contradicciones. Sin el exceso de detalle que delata al mentiroso ni la parquedad que delata al culpable. Madrigal lo observaba desde su silla con la expresión neutra del abogado que escucha a su cliente y Francisco, que conocía esa expresión, supo que el abogado no encontraba nada que objetar.

—¿Hay alguien que pudiera tener motivos para hacerle daño a su esposa? —preguntó uno de los agentes, un hombre de unos cuarenta años con el cansancio acumulado de quien lleva demasiados años trabajando casos que no se resuelven.

—Nadie que yo sepa —dijo Francisco—. Celia era una mujer pública, exitosa, con una reputación impecable. El apellido de su padre todavía tiene peso en esta ciudad. Quizás eso fue suficiente para alguien.

El agente anotó algo en su libreta. Luego levantó la vista.

—¿Y usted? ¿Tiene enemigos?

—En el mundo del arte siempre hay rivalidades —dijo Francisco—. Pero nadie que llegue a esto. No puedo creer que nadie se atrevería a eso.

Los agentes se fueron con lo que tenían, que era poco, y con la promesa de que el caso recibiría atención prioritaria. Francisco los acompañó hasta el elevador con la cortesía de siempre, regresó a la sala, se sentó en el sillón frente a los ventanales, y estuvo mirando la ciudad durante un tiempo largo sin encender la televisión.

Madrigal se quedó un momento más.

—¿Cómo estás? —dijo, con ese tono que los abogados usan cuando la pregunta es genuina y no protocolar.

—No lo sé todavía —dijo Francisco—. Todavía no lo proceso.

Madrigal asintió. Se puso el saco, recogió su maletín.

—Lláname si necesitas algo —dijo—. A cualquier hora.

—Gracias —dijo Francisco.

Y se quedó solo.

En los días que siguieron Francisco construyó con la misma paciencia metódica con que construía cualquier cosa la figura pública del viudo inconsolable, y lo hizo sin que nadie le diera instrucciones porque nadie tenía que dárselas. Sabía exactamente qué aspecto debía tener ese hombre, cómo debía hablar, qué debía decir y qué debía callar, en qué momentos el silencio era más elocuente que las palabras y en qué momentos las palabras eran el único instrumento disponible.

Concedió entrevistas a todos los medios que lo solicitaron. Las dio desde el penthouse, sentado en el mismo sillón frente a los ventanales, con la ciudad de fondo como testigo involuntario. Ante las cámaras era el mismo de siempre en forma y diferente en fondo: la misma postura recta, la misma voz pausada, pero con algo añadido que los camarógrafos captaban sin saber nombrarlo y que los editores decidían dejar porque producía exactamente el efecto correcto en el espectador. Era la imagen de un hombre que contiene algo demasiado grande para expresarlo, que ha decidido mantener la compostura no por frialdad sino por una forma de respeto hacia lo que siente que no cabe en una pantalla de televisión.

—¿Qué le diría a quienes tienen a su esposa? —le preguntó una periodista de un noticiero nacional, con el micrófono extendido y los ojos entrenados en su rostro buscando la grieta.

Francisco dejó pasar un segundo antes de responder, que era el tiempo exacto para que la pregunta tuviera el peso que merecía.

—Que Celia es una persona extraordinaria —dijo—. Que su trabajo ha dado vida a edificios y monumentos que de otro modo se habrían perdido para siempre. Que merece volver. Y que yo haré lo que sea necesario para que eso suceda.

—¿Incluyendo pagar un rescate?

—Incluyendo lo que sea necesario —dijo Francisco, con una firmeza que no dejaba espacio para la siguiente pregunta.

La entrevista fue reproducida en varios canales durante días. Los comentarios en redes sociales eran casi unánimes en su simpatía hacia el escultor viudo que hablaba de su esposa desaparecida con esa contención digna que la gente confundía con amor profundo porque no tenía otra categoría disponible para clasificarla.

Francisco los leía ocasionalmente, sin que produjeran en él ningún efecto particular.

La investigación avanzó con la lentitud que era de esperar. Los agentes revisaron el penthouse con una minuciosidad que habría alarmado a cualquier hombre con algo que ocultar y que a Francisco le resultó simplemente un proceso que debía transcurrir.

No encontraron nada porque no había nada que encontrar: el cuarto de servicio estaba vacío y limpio, la tina del baño no presentaba residuos detectables a simple vista, los instrumentos habían vuelto a la funeraria semanas antes, los recipientes de plástico habían sido desechados en contenedores de basura industrial en distintos puntos de la ciudad a lo largo de varios días. Francisco había calculado cada paso de la limpieza con la misma minucia con que había calculado cada paso del proceso.

Revisaron también el estudio, la galería, las oficinas donde Celia había trabajado. Entrevistaron a Quiñones, a don Refugio, a Madrigal, a los guardias de seguridad. Cada uno dijo lo que había visto, que era exactamente lo que Francisco había dispuesto que vieran.

Los guardias declararon que el único movimiento registrado durante las semanas del encierro era el de Francisco entre el penthouse y el estudio. Que nunca vieron salir a la señora. Que tampoco tenían orden de vigilar los movimientos de los residentes sino de impedir el acceso de personas no autorizadas.

Nadie encontró ninguna contradicción. Nadie tenía por qué encontrarla.

Las semanas pasaron y el caso fue ocupando progresivamente menos espacio en los noticieros, desplazado por otras urgencias, otros dramas, la corriente continua de sucesos que los medios procesan y descartan con la misma eficiencia con que el sistema municipal procesa el agua que baja por el drenaje.

Francisco siguió dando entrevistas ocasionales cuando alguien se las pedía, siempre con el mismo tono, siempre sin contradicciones, siempre con esa presencia que los periodistas describirían después, cuando el caso tomara un

giro que nadie anticipaba, como la de un hombre increíblemente sereno para las circunstancias.

O increíblemente frío.

Dependía de quién lo contara.

Una tarde, varios meses después de la desaparición de Celia, Francisco fue a la galería en horario normal, saludó a Quiñones, recorrió las salas con la atención rutinaria del propietario que verifica el estado de su colección, y se detuvo como siempre frente al pedestal donde el chico y la chica de la playa compartían el espacio con la tensión exacta que él había calculado.

Las miró durante el tiempo que solía mirarlas.

Luego siguió su recorrido.

Todo estaba en su lugar. Todo había salido exactamente como lo había planeado. Francisco Corbalán Buenaventura era un hombre libre, con una galería que prosperaba, con una reputación artística intacta, con el patrimonio completo de los Vergara administrado por sus propios abogados en espera de que los procesos legales correspondientes se resolvieran a su favor.

Y con su obra más importante expuesta al público, admirada por miles de personas que pasaban frente a ella sin saber lo que tenían delante.

Eso también era parte de la obra.

Quizás la parte más importante.

CAPÍTULO 12

La vida que construí sobre ella

Al cabo de dos años la Fiscalía declaró a Celia Vergara Dávila legalmente muerta.

Lo hizo con las reservas que la ley establecía para los casos sin cadáver y sin resolución: una declaración provisional que abría la posibilidad de revisar el estado legal si aparecían nuevas evidencias, pero que en términos prácticos cerraba el expediente activo y lo trasladaba al archivo de casos sin resolver, donde compartiría estante con miles de carpetas similares en ese país donde las personas desaparecen con una frecuencia que ha dejado de sorprender a casi nadie.

Francisco estuvo presente en el trámite con Madrigal a su lado, con la misma compostura que había mantenido desde el principio, y firmó los documentos correspondientes con la letra clara y pareja de siempre.

De regreso en el coche, Madrigal guardó silencio durante varios minutos antes de decir algo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, con el tono cuidadoso de quien no sabe con certeza qué respuesta espera.

—Aliviado —dijo Francisco, después de un momento—. No por lo que crees. Sino porque ya tiene un lugar. Un lugar legal, quiero decir. Ya no es simplemente alguien que no está.

Madrigal asintió sin decir nada más. Era un hombre que había aprendido a no hacer preguntas cuando las respuestas lo dejaban sin saber qué hacer con ellas.

Con la declaración de muerte presunta en mano, los procesos legales sobre los bienes de Celia corrieron su curso con la eficiencia predecible de los trámites que nadie disputa. No había testamento que designara otro heredero. No había hijos. No había litigantes.

El cónyuge supérstite era el beneficiario natural de todo lo que Celia Vergara Dávila había poseído en vida, incluida la herencia que Rodrigo Vergara le había dejado a su única hija y que ahora, por la lógica impasible de la ley, pasaba a manos de Francisco Corbalán Buenaventura.

Francisco tomó posesión de los bienes con la misma ausencia de aspavientos con que tomaba posesión de cualquier cosa. Contrató a los administradores necesarios, organizó las empresas heredadas con criterios de eficiencia que sus directivos aprendieron a respetar rápidamente, y destinó una parte de los recursos a expandir la Galería Esencias con una segunda sede en Ciudad de México que abrió dos años después de la declaración de muerte y que consolidó su reputación como uno de los galeristas más importantes del país.

La galería de Guadalajara siguió siendo su centro. Su territorio real. El lugar donde todo tenía el orden que él había impuesto desde el principio y donde nada cambiaba sin su aprobación explícita.

Quiñones continuó como encargado, con un aumento de sueldo que Francisco le dio sin que se lo pidiera y sin comentario alguno, porque era un hombre eficiente y los hombres eficientes merecen ser retenidos. La colección creció. Los artistas que Francisco seleccionaba con su criterio habitual —sin concesiones a las tendencias, sin interés en lo que el mercado pedía en ese momento específico— encontraban en la Galería Esencias un espacio que los coleccionistas serios habían aprendido a respetar precisamente porque no era complaciente.

Y en la sala principal, en el pedestal ampliado que Francisco había mandado fabricar para la inauguración de diciembre, el chico y la chica de la playa seguían en su lugar con la permanencia que él siempre había querido para ellas.

Francisco las visitaba todos los jueves.

Era un ritual que había establecido sin proponérselo, en las primeras semanas después de la inauguración, y que con el tiempo había adquirido la solidez de las costumbres que uno ya no cuestiona porque forman parte de la estructura del día. Llegaba a la galería a media mañana, saludaba a Quiñones, recorría las otras salas con la atención rutinaria del propietario, y terminaba siempre en la sala principal.

Se quedaba frente a las dos estatuas entre diez y veinte minutos. No hacía nada en particular durante ese tiempo. No hablaba, no tomaba notas, no evaluaba el estado de las piezas con el ojo técnico del conservador. Simplemente estaba ahí, con las manos en los bolsillos, mirando.

Una mañana Quiñones, que lo había observado repetir ese ritual durante años, se atrevió a preguntarle.

—¿Siempre encuentra algo nuevo en ellas? —dijo, con la cautela del empleado que no está seguro de si la pregunta es apropiada.

Francisco lo miró un momento.

—Siempre —dijo—. Eso es lo que tiene el trabajo honesto. Que no se agota.

Quiñones asintió y no preguntó más. Era un hombre que había aprendido cuándo una respuesta es también una manera de cerrar la conversación.

Lo que Francisco encontraba en esas visitas no era lo que Quiñones habría supuesto. No era la satisfacción técnica del artista ante su obra. Era algo más difícil de nombrar y que Francisco mismo no habría sabido articular con precisión, aunque lo sentía con una claridad que no necesitaba palabras. Era la sensación de que todo estaba en su lugar. De que el mundo tenía el orden que debía tener. De que nada de lo que había ocurrido había sido un error sino una solución, la única solución posible a un problema que no tenía otra salida.

Celia estaba ahí. Permanente. Inmutable. Sin la posibilidad de decepcionarlo, de irse a Madrid, de mirar a otro hombre con los ojos que debían estar reservados para él. Sin la posibilidad de envejecer, de cambiar, de convertirse en algo distinto a lo que él había capturado en el momento exacto de su perfección.

Eso era lo que encontraba en esas visitas. Y eso era lo que lo hacía volver todos los jueves con la puntualidad de quien cumple una obligación que también es un placer.

Los años pasaron con la regularidad de los que no tienen sobresaltos porque uno ha eliminado cuidadosamente todo lo que podría producirlos. Francisco trabajaba, administraba, seleccionaba artistas, viajaba a ferias internacionales cuando el negocio lo requería y solo cuando el negocio lo requería, y regresaba siempre a Guadalajara con el alivio del hombre que sabe que su lugar está en un sitio concreto y que ese sitio lo espera sin cambios.

No tuvo más relaciones. No porque las evitara activamente sino porque nunca sintió la necesidad de buscarlas. Había mujeres que mostraban interés, en los eventos de la galería, en los viajes, en los círculos profesionales donde su nombre y su posición económica lo hacían visible de una manera que antes, cuando estaba casado y era simplemente un escultor exitoso, no había tenido.

Las veía con la misma atención con que veía cualquier cosa y las descartaba con la misma eficiencia con que descartaba lo que no necesitaba, sin explicaciones y sin brusquedad, porque no había razón para ser brusco con algo que simplemente no era relevante.

Su amigo Meneses, con quien seguía jugando ajedrez cada dos semanas en el café de la colonia Americana, lo observaba con la mezcla de afecto y perplejidad que había caracterizado su amistad desde siempre.

—¿No te sientes solo? —le preguntó una tarde, moviendo un caballo con la concentración del jugador que sabe que está en desventaja y busca la jugada que cambie el equilibrio.

—No —dijo Francisco, sin apartar la vista del tablero.

—¿Nunca?

—La soledad es un estado que depende de lo que uno espera de la compañía —dijo Francisco—. Yo no espero mucho. Por eso raramente me falta.

Meneses lo miró durante un momento por encima de sus piezas.

—Eso es lo más triste que te he escuchado decir —dijo.

—O lo más honesto —dijo Francisco—. Depende del punto de vista.

Meneses movió su caballo. Francisco capturó la pieza con un alfil que Meneses no había visto venir y la partida continuó en el silencio de siempre.

Así pasaron diez años. Luego quince. Luego veinte.

Francisco envejeció con la misma discreción con que había hecho todo lo demás: sin dramatismo, sin resistencia visible, con la aceptación pragmática del hombre que entiende que el tiempo es una variable que no admite negociación y que la única respuesta inteligente ante lo que no se puede controlar es no gastar energía en intentarlo.

El cabello se fue volviendo blanco con una gradualidad que él notó sin que le importara. Las manos, que habían sido su instrumento más preciso durante décadas, tardaban un poco más en calentar por las mañanas antes de que los dedos recuperaran la agilidad que el frío les quitaba.

Dejó de hacer escultura propia cuando entendió que ya no podía exigirle a sus manos lo que les había exigido siempre, y tomó esa decisión con la misma limpieza con que tomaba cualquier decisión: sin lamentos, sin el período de negación que otros hombres atravesaban antes de aceptar lo que era inevitable.

La galería siguió siendo su razón.

Y los jueves siguieron siendo sus jueves.

—¿Cuánto tiempo llevan esas dos piezas expuestas? —le preguntó una vez una periodista joven que había ido a entrevistarle para una revista de arte, mirando las estatuas con esa mezcla de admiración y curiosidad que producen las obras que tienen algo que no se puede nombrar con facilidad.

—Muchos años —dijo Francisco.

—¿Y nunca ha querido venderlas?

—Nunca.

—¿Por qué?

Francisco las miró un momento antes de responder.

—Porque son lo único que hice que no tiene precio —dijo—. Todo lo demás tiene precio. Estas no.

La periodista anotó algo en su libreta con la satisfacción de quien ha conseguido la cita que buscaba. Francisco la dejó anotar y desvió la vista hacia las estatuas con esa atención quieta que era su manera de estar en cualquier lugar donde estuviera.

Veinte años.

Todo estaba exactamente como él lo había dispuesto.

Y Francisco Corbalán Buenaventura, de pie frente a su obra más importante en una mañana de jueves cualquiera, no sentía nada que se pareciera al remordimiento.

Lo que sentía, si hubiera tenido que nombrarlo, era algo mucho más simple y mucho más perturbador que eso.

Sentía que había ganado.

CAPÍTULO 13

Las grietas del tiempo

Francisco Corbalán Buenaventura se retiró del mundo de manera gradual y sin anunciarlo, que era la única forma de retirarse que habría considerado aceptable. No hubo ceremonia de cierre, no hubo declaración pública, no hubo la entrevista de despedida que los periodistas de arte le solicitaron en varias ocasiones y que él declinó siempre con la misma cortesía distante con que declinaba cualquier cosa que no le interesaba. Simplemente fue dejando de hacer cosas.

Primero los viajes a las ferias internacionales, que habían dejado de aportarle lo suficiente como para justificar el esfuerzo de los aeropuertos y los hoteles y las conversaciones obligatorias con personas que decían cosas que él ya había escuchado demasiadas veces. Luego las reuniones con artistas nuevos, que delegó progresivamente en Quiñones y en el equipo que había construido en la galería durante años. Luego los eventos sociales, que siempre habían sido los que menos le costaba abandonar.

Lo que conservó fue lo esencial: la galería, administrada a distancia con la eficiencia de quien ha construido un sistema que funciona solo cuando está bien diseñado. Los jueves, que siguieron siendo sus jueves con la fidelidad de los rituales que uno ya no decide sino que simplemente cumple.

Y el penthouse, que con los años había dejado de ser el espacio compartido que fue durante su matrimonio y se había convertido en algo más parecido a lo que Francisco siempre había querido que fuera: un lugar ordenado, silencioso, donde cada cosa estaba en el lugar que él había decidido para ella y permanecía ahí sin que nadie la moviera.

Vivía solo con absoluta comodidad. Cocinaba lo suficiente, leía mucho, salía poco. Meneses había muerto de un infarto tres años antes, en una mañana de martes sin anuncio previo, y Francisco había asistido al entierro con la compostura de siempre y había echado de menos las partidas de ajedrez con una intensidad que lo sorprendió levemente, porque no era hombre dado a echar de menos las cosas.

Después de Meneses no buscó otra compañía. No porque la pérdida lo hubiera cerrado sino porque a esa altura de su vida la geometría de sus necesidades era tan precisa que cualquier elemento nuevo habría resultado en una desproporción que no estaba dispuesto a tolerar.

La Funeraria ya se la había legado en vida al hijo de Don Refugio Palomares, quien había muerto ya tres años atrás. El Joven Palomares agradeció hasta las lágrimas el legado y le prometió que conservaría el nombre del negocio y su recuerdo como algo imborrable. A Francisco le agradó el joven porque le recordaba su propia juventud, aunque Javier, que así se llamaba, si que se encargaría personalmente de La Casa Funeral Ginés de Allué.

Para Francisco, los jueves en la galería seguían siendo lo más parecido a una obligación social que tenía, y los cumplía con la puntualidad de siempre. Llegaba, saludaba a Quiñones, que ya tenía el cabello completamente blanco pero seguía siendo el mismo hombre eficiente de siempre, recorría las salas con paso más lento que antes porque las rodillas le pedían ese ritmo y Francisco había aprendido a negociar con su cuerpo sin dramatismo, y terminaba en la sala principal.

Frente a las dos estatuas.

Que seguían perfectas. Que no envejecían. Que tenían la permanencia que él siempre había querido para ellas y que el tiempo se había encargado de demostrar que era real y no solo una ambición.

Una mañana de jueves, llegando a la galería, encontró a Quiñones en la puerta con una expresión que Francisco identificó de inmediato como la de alguien que tiene que decir algo que preferiría no decir.

—Don Francisco —dijo Quiñones—, tuvimos un incidente.

Francisco se detuvo.

—¿Qué pasó?

—El sismo de anoche. ¿Lo sintió usted?

Francisco lo había sentido por supuesto en el penthouse que estaba en el roof garden de la torre Legend en el piso cincuenta y tres a ciento noventa metros de altura. Un temblor de magnitud moderada que había durado quizás treinta segundos y que había movido algunas cosas en los estantes del penthouse sin producir daños visibles. Lo había registrado con la indiferencia del hombre que lleva décadas viviendo en una ciudad sísmica de riesgo medio-alto y que ha desarrollado hacia los temblores la misma actitud pragmática que desarrolla hacia la lluvia: algo que ocurre, que en ocasiones causa problemas y en la

mayoría no, y ante lo cual la única respuesta razonable es esperar a que termine.

—Lo sentí —dijo—. ¿Hubo daños en la galería?

—Menores —dijo Quiñones, con un tono que Francisco reconoció como el de quien está a punto de llegar al punto que le cuesta—. En la sala principal cayó un fragmento del techo. Pequeño. Pero cayó sobre el pedestal de las estatuas.

Francisco miró a Quiñones.

—¿Las estatuas?

—El chico de la playa no tiene nada —dijo Quiñones rápidamente—. Pero la chica... el fragmento golpeó la rodilla derecha. Hay una fractura en la resina. No es grave, no afecta la estructura, pero es visible.

Hubo un silencio breve.

—¿Por qué no me llamaste anoche? —dijo Francisco.

Quiñones hizo el gesto leve de quien sabe que esa pregunta iba a llegar y que no tiene una respuesta del todo satisfactoria.

—Era pasada la medianoche cuando revisamos los daños —dijo—. No quise molestarlo a esa hora por algo que podía esperar hasta hoy. Pensé que nuestro equipo de restauración podía evaluarlo esta mañana y tener un informe listo cuando usted llegara.

Francisco lo miró durante un momento con esa atención que hacía que la gente se sintiera examinada aunque él no dijera nada.

—Muéstrame —dijo.

Entraron a la galería. Recorrieron el pasillo hasta la sala principal. Francisco se detuvo frente al pedestal y examinó el daño con la misma atención que habría puesto en cualquier problema técnico: la fractura en la resina de la rodilla derecha era limpia, producida por el impacto del fragmento de techo que todavía estaba en el suelo junto al pedestal, y exponía una sección del interior de la pieza de unos cuatro centímetros de diámetro.

Francisco se inclinó levemente para ver mejor.

En el interior de la fractura, donde debería haber habido únicamente resina pigmentada y el alambre de aluminio del alma estructural, asomaba algo de un color y una textura distintos. Algo que no era resina ni aluminio.

Se incorporó.

—Voy a arreglar esto yo mismo —dijo, con la calma de siempre—. Dile a tu equipo de restauración que no toquen nada todavía.

—Por supuesto —dijo Quiñones—. Aunque ellos ya habían mirado la fractura esta mañana, antes de que usted llegara. El restaurador dijo que había un material extraño en el interior. Quería consultarlo a usted antes de proceder.

—Bien hecho —dijo Francisco—. No procedan. Me encargo yo.

Quiñones asintió. Francisco volvió a mirar la fractura durante un momento más, con las manos en los bolsillos y la misma expresión de siempre, esa que

no revelaba nada porque no tenía por costumbre revelar nada, y luego se giró hacia Quiñones.

—¿Quién es el restaurador?

—Rodrigo Peñaloza —dijo Quiñones—. Lleva dos años con nosotros. Es bueno.

—Dile que lo llamo esta semana para hablar del procedimiento —dijo Francisco—. Y que mientras tanto no toque la pieza.

—Entendido.

Francisco salió de la galería con el mismo paso de siempre, saludó a los empleados que encontró en el pasillo con la cortesía de siempre, esperó el elevador con la paciencia de siempre. En el coche de vuelta al penthouse miraba por la ventana con esa quietud que la gente confundía con serenidad y que era simplemente su manera de procesar las cosas hacia adentro, sin que nada de lo que ocurría en el interior encontrara salida visible hacia afuera.

La fractura era un problema técnico. Los problemas técnicos tenían solución. Él repararía la rodilla con la misma precisión con que había construido la pieza, dejando la superficie impecable, sin rastro del daño. Era cuestión de tiempo y de cuidado, que eran exactamente las dos cosas que Francisco Corbalán Buenaventura nunca había tenido en cantidades insuficientes.

Lo que no había calculado, porque era imposible haberlo calculado, era que Rodrigo Peñaloza, el restaurador que llevaba dos años trabajando en la Galería Esencias y que esa mañana había visto el material extraño asomando por la fractura de la rodilla, era hijo de una mujer que había trabajado durante veintitrés años en la Fiscalía General del Estado de Jalisco.

Una mujer que había sido agente de investigación durante la mayor parte de esos años.

Una mujer que había tenido en sus manos, dos décadas atrás, una carpeta de investigación sobre la desaparición de una arquitecta restauradora llamada Celia Vergara Dávila, esposa del escultor Francisco Corbalán Buenaventura, que nunca había encontrado resolución y que había quedado archivada en el estante de los casos sin resolver con la resignación de quien sabe que algunos casos no se resuelven.

Esa mujer se llamaba Amparo Peñaloza y era la madre soltera de Rodrigo, quien era su adoración y único aliciente en la vida.

Y esa noche su hijo Rodrigo llegó a cenar y le mencionó, casi de pasada, el material extraño que “nunca” había visto en el interior de una estatua famosa de la Galería Esencias, a pesar que ya se había encargado de restaurar algunas de ellas. Amparo al escuchar esto dejó el tenedor sobre el plato y se quedó mirándolo durante un momento que a Rodrigo le pareció más largo de lo normal.

—¿Cómo dijiste que se llama la estatua? —preguntó.

—La chica de la playa —dijo Rodrigo—. Es la más conocida de Corbalán. Lleva décadas expuesta.

Amparo Peñaloza asintió lentamente.

Y no dijo nada más esa noche.

Pero tampoco siguió cenando.

CAPÍTULO 14

El restaurador

Amparo Peñaloza no durmió bien esa noche.

No era inusual en ella. Había pasado veintitrés años trabajando en la Fiscalía General del Estado de Jalisco y los casos sin resolver tenían la costumbre de instalarse en los espacios entre el sueño y la vigilia con la persistencia de las cosas que uno no ha terminado de hacer, que es la forma más eficaz que tienen de recordarle a uno que siguen ahí.

Había aprendido a convivir con ese insomnio parcial como se aprende a convivir con cualquier condición crónica: sin resignación pero sin pelea, con el reconocimiento pragmático de que hay cosas que no cambian y que la energía gastada en resistirlas es energía que falta para todo lo demás.

Pero esta noche era diferente.

Esta noche no era un caso sin resolver el que le quitaba el sueño. Era un detalle. Una frase que su hijo había dicho casi sin darle importancia, entre el primer plato y el segundo, con el tono casual de quien comparte una anécdota del trabajo sin saber que la anécdota tiene un peso que él no puede calcular porque no tiene la información necesaria para hacerlo.

Un material extraño en el interior de la estatua.

Amparo se levantó a las cinco de la mañana, fue a la cocina, preparó café, y se sentó en la mesa con la taza entre las manos y la cabeza haciendo lo que había hecho durante veintitrés años: organizar lo que sabía, separarlo de lo que suponía, e identificar con precisión la línea entre los dos territorios.

Lo que sabía: su hijo había encontrado un material anómalo en el interior de una estatua de resina epóxica de la Galería Esencias. La estatua se llamaba *La chica de la playa* y era obra de Francisco Corbalán Buenaventura. La galería era propiedad de Francisco Corbalán Buenaventura. Francisco Corbalán Buenaventura era el esposo de Celia Vergara Dávila, cuya desaparición había sido investigada por la Fiscalía hacía más de veinte años sin resultado. El caso había sido archivado como no resuelto después de que la declaración de muerte presunta cerrara el proceso activo.

Lo que suponía: nada todavía. Solo una coincidencia. Solo un material extraño en una estatua que podía tener cualquier explicación técnica perfectamente razonable, y una mujer retirada que llevaba demasiado tiempo cargando una carpeta sin resolver y que quizás estaba buscando conexiones donde no las había.

Bebió el café.

Luego fue a buscar a su hijo.

Rodrigo Peñaloza desayunó escuchando a su madre con la paciencia afectuosa de quien ha aprendido que las preguntas de Amparo no son nunca tan casuales como parecen y que la manera más eficiente de responderlas es con precisión y sin rodeos.

—¿Qué tan grande era la fractura? —preguntó ella.

—Unos cuatro centímetros de diámetro —dijo Rodrigo—. El fragmento del techo era pequeño pero cayó en un ángulo que concentró el impacto.

—¿Y el material que viste adentro?

—Blanco. Denso. Una textura que no correspondía a ningún elemento estructural normal en una pieza de resina de ese tipo. El alma debería ser alambre de aluminio, que es lo estándar para esculturas de gran formato. Lo que vi no era aluminio.

—¿Podría ser yeso? —dijo Amparo, con el tono neutro con que hacía las preguntas que más le importaban.

Rodrigo la miró durante un momento y negó rotundamente con la cabeza

—Yeso no podría ser...no se usa para este tipo de obras —dijo—. En realidad no lo toqué, solo lo vi. El dueño me pidió que no tocara nada hasta que él viniera a encargarse personalmente.

—¿Cuándo viene?

—Esta semana, dijo. Me llamará para coordinar.

Amparo asintió. Bebió su café. Luego miró a su hijo con esa expresión que Rodrigo conocía desde la infancia y que significaba que lo que venía a continuación iba a requerir de su parte algo más que escuchar.

—Necesito que me dejes ver esa fractura —dijo—. Antes de que venga él.

Rodrigo dejó su taza sobre la mesa con la calma de quien necesita un momento para pensar.

—Mamá —dijo—. Es una pieza de valor incalculable en una galería privada. El propietario me pidió expresamente que no la tocara.

—No te estoy pidiendo que la toques —dijo Amparo—. Te estoy pidiendo que me dejes verla.

—¿Por qué quieres verla?... ¿cuál es el interés que podrías tener en algo así?... Y si es solo resina con algún relleno diferente que el artista quiso ponerle? ¿Si no hay nada raro?

—Entonces no hay nada y nadie sabrá que fuimos —dijo Amparo—. Pero si hay algo, Rodrigo, y resulta que no hicimos nada al respecto, eso sí va a tener consecuencias.

Rodrigo la miró durante un momento más. Luego asintió con la resignación del hijo que sabe que hay ciertos argumentos de su madre que no tienen respuesta eficaz.

—Mañana temprano —dijo—. Antes de que abra la galería.

Fueron al día siguiente a las ocho de la mañana, cuando la colonia Americana todavía tenía esa quietud de los barrios que despiertan despacio. Rodrigo abrió con su llave de empleado, desactivó la alarma, y condujo a su madre por el pasillo hasta la sala principal.

Amparo Peñaloza entró a la sala y se detuvo.

Las dos estatuas en su pedestal compartido le produjeron un efecto que no había anticipado. No el efecto estético que producían en la mayoría de los visitantes, sino otro más específico y más incómodo: el reconocimiento. Había visto fotografías de *La chica de la playa* en el expediente del caso Vergara, hacía más de veinte años, cuando los investigadores habían documentado todos los bienes y obras relevantes del matrimonio. La estatua era entonces la misma que era ahora, o al menos eso parecía desde donde ella estaba.

Se acercó al pedestal. Se inclinó sobre la rodilla fracturada con los anteojos puestos y examinó el interior de la fractura con la atención meticulosa que había desarrollado durante décadas de trabajo en escenas que requerían ese tipo de atención.

El material que asomaba por la fractura era blanco, denso, con una superficie que la luz de la sala iluminaba de manera característica.

Era un hueso.

Amparo se incorporó. Miró a su hijo, que la observaba desde un paso atrás con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba la curiosidad con algo más parecido a la aprensión.

—Es un hueso —dijo ella, con la voz de quien constata un hecho técnico.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Hubo un silencio.

—¿Qué hacemos? —dijo Rodrigo.

Amparo miró la fractura durante un momento más. Luego hizo algo que Rodrigo no esperaba: tomó varias fotos con su celular de la fractura y sacó del bolsillo de su saco una pequeña pinza de punta fina, de las que usaba para sus crucigramas y que llevaba siempre consigo por costumbre, y con un cuidado extremo extrajo un fragmento mínimo del material visible, del tamaño de una lenteja, que depositó en una bolsa de plástico pequeña que también llevaba en el bolso con la precaución instintiva de quien ha pasado demasiados años pensando en preservación de evidencia.

—Lo que hacemos —dijo, cerrando la bolsa— es esto.

Rodrigo la miró.

—Mamá, eso es una pieza de valor en una galería privada. Si el dueño se entera de que tomaste una muestra sin autorización...

—El dueño no se va a enterar todavía —dijo Amparo—. Y si resulta que tengo razón en lo que empiezo a sospechar... entonces el dueño va a tener problemas mucho más serios que una muestra tomada sin autorización.

Salieron de la galería a las ocho y cuarenta minutos, antes de que llegara el primer empleado. Rodrigo cerró con llave y desactivó la alarma. En el coche, Amparo sostenía la bolsa de plástico entre los dedos con la misma calma con que habría sostenido cualquier otra cosa.

—¿A quién vas a llevar eso? —preguntó Rodrigo.

—A un especialista forense —dijo Amparo—. Uno en quien confío.

El especialista se llamaba doctor Gerardo Villanueva, médico forense retirado que había trabajado durante veinte años en el servicio médico forense del estado y con quien Amparo había colaborado en docenas de casos durante su etapa activa. Lo llamó esa misma mañana. Se vieron esa tarde en el consultorio particular donde Villanueva atendía ahora pericias privadas con la tranquilidad del hombre que ya no tiene prisa porque ya no tiene jefes.

Villanueva examinó el fragmento con su lupa, lo pesó, lo midió, y luego miró a Amparo con la expresión del profesional que ya sabe lo que tiene que decir.

—Es hueso humano —dijo—. No hay duda.

—¿Puedes hacer un análisis de ADN?

—Con este fragmento, sí. Es pequeño pero suficiente. —Una pausa—. ¿Sabes de quién podría ser?

—Tengo una hipótesis —dijo Amparo—. Necesito confirmarla.

—¿Tienes una muestra de comparación?

—Muestra ya no serviría, pero tengo el resultado de la secuencia de ADN de algunos de los cabellos de una presunta víctima en los archivos de la Fiscalía —dijo Amparo—. De un caso de hace más de veinte años. Una persona desaparecida cuyo perfil genético quedó registrado en el expediente como parte del protocolo de búsqueda.

Villanueva la miró durante un momento.

—Amparo —dijo—, esto que me estás describiendo es un asunto que ya no es tuyo. Estás retirada. Si hay lo que creo que hay aquí, esto tiene que ir a la Fiscalía.

—Lo sé —dijo Amparo—. Y va a ir en caso que compruebe lo que estoy sospechando. Pero primero necesito saber si tengo razón. Porque si me equivoco, no quiero haber movido un expediente de veinte años por nada.

Villanueva la miró durante otro momento. Luego asintió con la resignación de quien sabe que hay ciertos argumentos de Amparo Peñaloza que tampoco tienen respuesta eficaz.

—Dame dos semanas —dijo.

—Una —dijo Amparo.

Villanueva suspiró.

—Diez días —dijo.

Mientras los diez días transcurrían, Francisco Corbalán llamó a Rodrigo Peñaloza para coordinar la reparación de la estatua, como había prometido. Rodrigo atendió la llamada con la misma profesionalidad de siempre, acordó una fecha para la visita, y no mencionó nada de lo que había ocurrido esa mañana antes de que abriera la galería.

Francisco llegó puntual a la fecha acordada, examinó la fractura con atención, y le explicó a Rodrigo que el material que asomaba en el interior no era nada inusual: cuando construyó esa estatua, con su esposa como modelo, habían decidido juntos que el alma de la pieza sería un esqueleto real, porque querían que la obra tuviera una autenticidad que el simple alambre de aluminio no podía dar. Que así había estado expuesta desde su creación, admirada por miles de personas, y que no había razón para que eso cambiara. Lo dijo con la calma de siempre. Con la precisión técnica de siempre. Sin una sola fisura visible en ningún punto de la explicación.

Rodrigo escuchó con atención y no preguntó nada más.

Pero esa noche le contó a su madre lo que Francisco había dicho.

Amparo Peñaloza escuchó cada palabra sin interrumpir. Cuando Rodrigo terminó, ella asintió lentamente, con la expresión de quien acaba de recibir la confirmación de algo que ya sabía pero que necesitaba escuchar de todas formas.

—Un esqueleto real —repitió, en voz baja—. Que decidieron juntos.

—Eso dijo.

Amparo miró la taza de café que tenía delante sin beberla.

—Celia Vergara ya estaba aparentemente desaparecida cuando se inauguraron esas estatuas —dijo—. Algo me resulta extraño en la historia.

Rodrigo no respondió. No había nada que responder.

Los diez días se cumplieron un martes por la mañana. Villanueva llamó a Amparo a las nueve en punto con la puntualidad del hombre que sabe que lo que tiene que decir no admite demoras.

—Las secuencias son compatibles —dijo—. El fragmento de la estatua y la muestra del expediente corresponden al mismo perfil genético. Es la misma persona, Amparo. Con una certeza del noventa y nueve punto siete por ciento.

Amparo Peñaloza cerró los ojos durante un segundo.

Luego los abrió, cogió su teléfono, y marcó el número de la Fiscalía General del Estado de Jalisco.

Había tardado veinte años.

Pero había llegado.

CAPÍTULO 15

La rótula

La llamada de la Fiscalía llegó un jueves por la tarde.

Francisco estaba en el penthouse cuando sonó su teléfono y vio en la pantalla un número que no reconoció. Lo dejó sonar dos veces antes de contestar, con la parsimonia de quien no tiene prisa porque rara vez la tiene, y al otro lado encontró la voz de un funcionario que se identificó como agente del área de investigaciones de la Fiscalía General del Estado de Jalisco y que le pidió, con una cortesía que no alcanzaba a disimular del todo su naturaleza de requerimiento, que se presentara al día siguiente en las oficinas de la institución para responder algunas preguntas relacionadas con el caso Vergara Dávila.

Francisco preguntó de qué preguntas se trataba.

El agente dijo que se lo explicarían en persona.

Francisco llamó a Madrigal antes de que pasara una hora.

—Quieren que vaya mañana —dijo, con el tono neutro de quien reporta un dato administrativo—. No me dijeron para qué.

—Voy contigo —dijo Madrigal, con la inmediatez del abogado que sabe que ese tipo de convocatorias no son nunca tan administrativas como parecen.

Fueron juntos a la mañana siguiente. La oficina donde los recibieron era pequeña y funcional, con una mesa rectangular, cuatro sillas y una ventana que daba a un patio interior donde nadie parecía hacer nada en particular. Los recibió una mujer de unos sesenta años, de cabello corto y gris, que se presentó como la agente Amparo Peñaloza, reintegrada temporalmente al servicio activo para colaborar en la reapertura de un expediente.

Francisco la miró durante un momento. No la reconoció. Ella, en cambio, lo miró con la atención específica de quien ya sabe exactamente a quién tiene enfrente.

—Señor Corbalán —dijo Amparo, abriendo una carpeta sobre la mesa—, gracias por venir. Esto no tomará mucho tiempo.

—Lo que necesiten —dijo Francisco.

Amparo colocó sobre la mesa una fotografía. Era una imagen ampliada de la fractura en la rodilla de *La chica de la playa*, tomada con una cámara de alta resolución que mostraba con claridad el material que asomaba por el interior.

—¿Reconoce esto? —dijo.

—Sí —dijo Francisco, sin dudar—. Es parte del alma estructural de esa escultura. Ya le expliqué al restaurador de mi galería que no había nada inusual en ello.

—Nos lo comentó —dijo Amparo—. También nos dijo que usted explicó que el alma de esa pieza es un esqueleto real, y que esa decisión la tomaron usted y su esposa juntos.

—Así es. Así como también es, que esas fotos fueron tomadas sin mi autorización.

—Entonces cualquier uso que pudieran querer darle a ese material es totalmente inaceptable por haber sido tomado de manera ilegal. —dijo de inmediato Madrigal

— Estamos de acuerdo en eso —dijo Amparo— pero no se preocupe que no hemos terminado ¿Cuándo tomaron esa decisión?

Francisco no tardó en responder.

—Cuando estaba el proceso de creación de la estatua. Antes de que nos casáramos. Fue una decisión artística que tomamos juntos desde el principio. Ella como modelo y yo como el escultor.

Amparo asintió lentamente, como si la respuesta confirmara algo que ya sabía.

—El problema —dijo, con la misma calma— es que sometimos el fragmento que asomaba por la fractura a un análisis de ADN. Y los resultados son compatibles con el perfil genético que quedó registrado en el expediente de desaparición de su esposa.

Hubo un silencio.

Madrigal se movió levemente en su silla. Francisco no se movió en absoluto.

—Eso es imposible —dijo Francisco, con una voz que tenía exactamente el tono correcto: no la indignación explosiva del culpable sorprendido, sino la incredulidad quieta del hombre que acaba de escuchar algo que no tiene sentido lógico—. El esqueleto que usé como alma de esa estatua lo conseguí hace más de veinte años, a través de un proveedor especializado en material osteológico para estudios anatómicos. No tiene ninguna relación con Celia.

—¿Tiene documentación de esa compra?

Francisco hizo una pausa breve, del tipo que produce el hombre que está buscando en su memoria y no el que está calculando su respuesta.

—De hace veinte años —dijo—. Es posible que ya no exista.

—Es posible —dijo Amparo—. También es posible otra cosa.

Francisco la miró.

Amparo colocó sobre la mesa un segundo documento. Era el resultado formal del análisis genético, con la firma del doctor Villanueva y el sello del laboratorio privado, acompañado de la solicitud de reapertura del expediente que la Fiscalía había tramitado esa misma semana.

—El nivel de compatibilidad es del noventa y nueve punto siete por ciento —dijo Amparo—. En términos forenses, eso es una identificación positiva.

Francisco miró el documento durante un momento. Madrigal lo miró también y luego miró a Francisco con la expresión del abogado que está haciendo un cálculo rápido sobre cuánto tiempo tiene antes de que la situación cambie de naturaleza.

—Mi cliente no hará ninguna declaración adicional en este momento —dijo Madrigal, con la voz del profesional que sabe cuándo una conversación ha terminado—. Si la Fiscalía tiene intención de proceder formalmente, lo haremos por los canales correspondientes.

Amparo asintió. No parecía sorprendida.

—Por supuesto —dijo—. Antes de que se retiren, sin embargo, me gustaría que supieran que esta mañana el juez firmó la orden para la intervención de la pieza.

Francisco levantó la vista.

—¿Qué significa intervención? —dijo, aunque su voz ya no tenía exactamente el mismo tono de antes.

—Significa —dijo Amparo— que en estos mismos momentos un equipo forense se encuentra incautando la pieza en cuestión para proceder a la demolición controlada de la estatua conocida como *La chica de la playa* para recuperar y analizar su contenido interior completo.

El silencio que siguió duró varios segundos.

Francisco los dejó pasar con la calma de siempre. Luego miró a Amparo con esa atención suya que la gente confundía con frialdad y que era simplemente su manera de estar presente en cualquier lugar donde estuviera.

—Esa estatua —dijo— es una obra de arte de valor incalculable. Su destrucción es un acto de vandalismo institucional que no tiene ninguna justificación legal sólida sobre la base de un análisis de ADN privado y no ratificado por los laboratorios oficiales del estado.

—El juez consideró que sí la tiene —dijo Amparo.

—Mi cliente impugnará esa orden —dijo Madrigal.

—Están en su derecho —dijo Amparo, recogiendo sus papeles con la parsimonia de quien ya ha terminado lo que vino a hacer—. La demolición procede esta tarde de todas formas. El amparo, si deciden interponerlo, llegará cuando ya no haya nada que amparar.

Francisco y Madrigal salieron de la Fiscalía sin decir nada durante el trayecto al coche. Fue hasta que estuvieron adentro, con las puertas cerradas, que Madrigal lo miró.

—Francisco —dijo, con un tono que era distinto a cualquier tono que hubiera usado antes en todos los años que llevaban conociéndose.

—No digas nada todavía —dijo Francisco.

Madrigal no dijo nada.

Francisco miró por la ventana del coche el tráfico de la tarde de Guadalajara con la misma quietud con que había mirado siempre cualquier cosa. En otro lugar de la ciudad, en la sala de análisis forense de la fiscalía general del Gobierno del Estado de Jalisco, un equipo forense estaba preparando sus instrumentos para bajar del pedestal donde el chico y la chica de la playa

llevaban más de veinte años mirando hacia el mismo horizonte invisible, con el fin de destruirla.

Pensó en la rótula.

De todos los huesos que había usado, de todas las piezas del esqueleto que había ensamblado con alambre de aluminio y cubierto con resina con la paciencia del orfebre, había sido la rótula la que había asomado por la fractura. El hueso sesamoideo. El más denso. El más resistente. El que su padre le había enseñado, sin saber para qué le serviría esa enseñanza décadas después, que era el hueso que mejor conservaba sus propiedades a lo largo del tiempo precisamente por su estructura compacta y su naturaleza mineral superior.

La rótula de Celia.

Que había durado exactamente lo que él había querido que durara todo: para siempre.

Solo que para siempre había resultado ser veintidós años.

El equipo forense tardó cuatro horas en completar la demolición. Francisco no fue a verlo. Se quedó en el penthouse mirando la ciudad desde los ventanales hasta que Madrigal lo llamó para informarle que la intervención había concluido y que los restos encontrados en el interior de la estatua habían sido trasladados al laboratorio forense del estado para su análisis completo.

—¿Cuánto tiempo tardarán? —preguntó Francisco.

—En confirmar lo que ya saben —dijo Madrigal, con una honestidad que era también una forma de lealtad—, probablemente menos de una semana.

Francisco asintió.

—Lláname cuando sepas algo —dijo.

Colgó. Se quedó con el teléfono en la mano durante un momento. Luego lo dejó sobre la mesa y fue a preparar café.

La orden de detención llegó cinco días después, un miércoles por la mañana, ejecutada por dos agentes que se presentaron en el penthouse con la discreción profesional de quienes han aprendido que en ciertos casos el procedimiento no requiere espectáculo. Francisco abrió la puerta, los miró, y los dejó pasar sin decir nada. Madrigal llegó veinte minutos después, cuando Francisco ya estaba sentado en la sala con los agentes esperando que los trámites siguieran su curso.

—¿Tiene algo que declarar en este momento? —le preguntó uno de los agentes.

Francisco los miró durante un momento con esa atención total que era su manera de estar presente en cualquier situación.

—Solo una cosa —dijo—. Lo que hice con Celia no fue un crimen. Fue una obra de arte. La diferencia importa, aunque ustedes no estén en condiciones de entenderla.

El agente anotó algo en su libreta sin cambiar la expresión.

Salieron del penthouse con Francisco entre los dos agentes y Madrigal a su lado, recorrieron el pasillo hasta el elevador, bajaron al estacionamiento. Afuera la mañana de Guadalajara tenía esa luz particular de las ciudades mexicanas en invierno, limpia y fría y sin sombras, que hace que todo parezca más real de lo que es o quizás exactamente tan real como es.

Francisco subió al coche patrulla sin aspavientos.

No miró hacia atrás.

No había nada atrás que le interesara ver.

CAPÍTULO 16

Lo que ella me hizo

El juicio duró once semanas.

Madrigal lo defendió con la competencia y la honestidad que lo habían caracterizado siempre, sin prometer resultados que no podía garantizar y sin ocultar a su cliente la solidez de la evidencia que la Fiscalía había construido con la paciencia de quien lleva veintidós años esperando el momento de usarla. El análisis de ADN ratificado por los laboratorios forenses del estado y el esqueleto completo recuperado de la estatua demolida, identificado con certeza científica como los restos de Celia Vergara Dávila, no dejaron lugar a duda.

Francisco escuchó cada sesión del juicio con la postura recta de siempre y la misma expresión de siempre, como si lo que se debatía en esa sala fuera un asunto administrativo que le concernía pero no lo afectaba en ningún sentido profundo. Respondió las preguntas del fiscal con monosílabos precisos cuando Madrigal lo autorizaba a responder, y guardó silencio cuando no.

Nunca se contradijo. Nunca elevó la voz. Nunca mostró la fisura que el fiscal buscó durante semanas con la paciencia de un escultor buscando el punto débil de una superficie que parece impenetrable.

No la encontró. Pero tampoco la necesitó.

La evidencia era suficiente sin ella.

El juez dictó sentencia un martes por la tarde: culpable de homicidio calificado con premeditación, alevosía y ventaja. Culpable de desaparición forzada de persona. Culpable de ocultamiento de cadáver. La pena: cadena perpetua en el Reclusorio Federal del Altiplano, con revisión de la sentencia en un plazo no menor a treinta años.

Francisco escuchó la lectura de la sentencia sin moverse. Madrigal, a su lado, apretó levemente los labios pero tampoco dijo nada. Cuando el juez terminó y la sala comenzó a vaciarse con el murmullo habitual de los finales de juicio, Francisco giró la cabeza hacia su abogado con la serenidad del hombre que acaba de escuchar algo que no lo sorprende aunque tampoco lo complace.

—Tenemos que apelar —dijo.

—Lo intentaremos —dijo Madrigal.

Fue trasladado al Altiplano tres semanas después. El reclusorio lo recibió con la impersonalidad eficiente de las instituciones que han procesado demasiados hombres como para encontrar en ninguno algo que justifique un trato distinto. Francisco llegó, completó los trámites, ocupó su celda, y desde el primer día se sentó con la postura recta de siempre y miró las paredes de concreto con la atención quieta de quien está evaluando un espacio nuevo.

Lo que podía hacerse en ese espacio, determinó, era pensar. Y hablar. Entonces decidió que le dictaría a su abogado...a Madrigal, en las sesiones semanales del locutorio, todo lo que necesitaba quedar registrado para construir la apelación que revertiría una sentencia que él consideraba no solo injusta sino absurda.

Madrigal seguía siendo su abogado, y entonces continuó, muy a su pesar es justo decir, accediendo a la voluntad de su cliente. Así que llegó a la primera sesión con su grabadora y su libreta y encontró a Francisco ya sentado en su silla, esperándolo con la puntualidad de siempre.

—Empecemos por Celia —dijo Francisco, sin preámbulo.

Y empezaron por Celia.

Lo que Francisco le dictó a Madrigal a lo largo de siete semanas no era una defensa en el sentido técnico de la palabra. Era la reconstrucción minuciosa de una injusticia que nadie había querido ver. La historia de un hombre que había construido una vida con su talento, su trabajo y su disciplina, y que había visto cómo esa vida era sistemáticamente desmontada por una mujer que nunca entendió lo que tenía.

—Celia me traicionó —dijo en una de las sesiones, con la voz tranquila de quien enuncia un hecho geográfico—. No de la manera en que se traiciona a alguien en un momento de debilidad o de confusión. De la manera deliberada y sostenida de quien ha decidido que sus propios deseos importan más que cualquier otra cosa. Que su libertad, su cuerpo, su herencia, su amante, su vida social: todo eso era más importante que el matrimonio que habíamos construido juntos.

Madrigal anotó sin decir nada.

—El adulterio es una traición —continuó Francisco—. No en el sentido sentimental de la palabra, que es el único sentido en que la gente lo usa porque es el más fácil de manejar emocionalmente. En el sentido contractual. Nos habíamos comprometido el uno con el otro. Ese compromiso tenía términos. Ella los violó.

—¿Y los hijos? —preguntó Madrigal en un momento, levantando la vista de su libreta.

Francisco lo miró.

—Los hijos son el ejemplo más claro de todo —dijo—. Yo le pedí un hijo. No una vez. Varias veces, a lo largo de años. Le expliqué que el tiempo no era infinito, que había una ventana biológica que se estaba cerrando, que era una decisión que debíamos tomar juntos. Ella se negó. Siempre se negó. Con argumentos que cambiaban cada vez que los anteriores se agotaban: el trabajo, el momento, la carrera, el cuerpo. —Una pausa—. El cuerpo. Eso me lo dijo. Que no quería estropear su cuerpo con un embarazo. Eso significa que la imagen que tenía de sí misma era más importante que la familia que yo le pedía.

Hubo un silencio.

—Y la herencia —dijo Francisco, después de un momento—. Esto es lo que nadie quiere analizar porque es incómodo. Rodrigo Vergara le dejó todo a Celia. Todo. Un patrimonio que en términos objetivos era uno de los más importantes del estado. Y Celia lo recibió con la misma despreocupación con que recibía todo, como si tener ese dinero no implicara ninguna responsabilidad hacia el matrimonio que compartíamos.

—¿Qué tipo de responsabilidad esperaba usted? —preguntó Madrigal.

—La responsabilidad de un socio —dijo Francisco—. Éramos un matrimonio por sociedad conyugal. Los socios comparten lo que tienen. Los socios construyen juntos. Los socios no deciden unilateralmente que quieren disolver la sociedad porque encontraron algo más interesante afuera.

—¿Y el divorcio? —dijo Madrigal—. Ella propuso un divorcio civilizado. División de bienes comunes. Sin pleitos.

—Sin pleitos —repitió Francisco, con un tono que no era exactamente irónico pero tampoco neutral—. Sin pleitos significa que yo me quedaba con la mitad de lo que construimos juntos y ella se llevaba todo lo demás. La herencia de su padre, intacta. Las empresas, intactas. Las inversiones, intactas. Todo lo que Rodrigo Vergara había construido en vida pasaba a manos de Celia y desde ahí, eventualmente, a manos de Alvar Cequera de Mendoza, que era el destino real de todo ese patrimonio aunque nadie lo dijera con esas palabras. Eso no es civilizado. Eso es un despojo.

Se detuvo. Bebió un sorbo del agua que había sobre la mesa del locutorio.

—Lo que yo hice —dijo, después de un momento— no fue un crimen en ningún sentido que importe realmente. Fue una respuesta. Fue la única respuesta posible a una situación en la que todas las demás opciones me dejaban en una posición inaceptable. El divorcio me quitaba a Celia y me quitaba la posibilidad de que el patrimonio que merecía compartir quedara en manos que no lo merecían. La resignación me convertía en el hombre al que su esposa había engañado, robado y abandonado sin ninguna consecuencia. Ninguna de las dos opciones era aceptable.

—¿Y la que eligió sí lo era? —dijo Madrigal, con una voz completamente neutra.

Francisco lo miró durante un momento.

—La que elegí —dijo— fue la única que preservaba todo lo que importaba. Celia está ahí. Permanente. En la forma más perfecta que tuvo en vida, capturada en el momento exacto de su mejor versión, sin la posibilidad de seguir tomando decisiones que la dañaban a ella y me dañaban a mí. Eso no es un crimen. Eso es una solución.

Madrigal no respondió.

—Y la galería —continuó Francisco, como si la respuesta del abogado no importara, como si en realidad estuviera hablando consigo mismo y la presencia de Madrigal fuera simplemente la condición necesaria para que las palabras tuvieran un destino—. La galería estaba llena de personas que pasaban frente a esa estatua sin saber lo que tenían delante. Sin saber que estaban en presencia de la obra más honesta que se ha hecho en México en las últimas décadas.

Sin saber que la mujer que modeló esa forma sigue estando exactamente donde estuvo la primera vez, con el mismo lunar, la misma cicatriz, las mismas proporciones que yo capturé con mis propias manos. Eso es arte. Eso es lo que el arte hace cuando lo practica alguien que lo entiende de verdad: convierte lo perecedero en permanente.

Madrigal cerró su libreta.

—¿Eso es lo que quiere que presente como alegato de apelación? —dijo.

—Quiero que presente la verdad —dijo Francisco—. Que Celia me traicionó. Que me robó la posibilidad de una familia. Que pretendía dejarme con la mitad de lo que nos pertenecía a los dos. Que lo que hice fue la respuesta de un hombre que había sido llevado al límite por una mujer que nunca entendió lo que tenía. Que si existe algo que merezca el nombre de justicia en este país, esa justicia tiene que ser capaz de ver la diferencia entre un crimen y una respuesta.

Madrigal lo miró durante un momento largo.

—La ley —dijo al fin, con la voz tranquila del hombre que ha escuchado todo lo que necesitaba escuchar— no hace esa distinción.

—Por eso necesito un buen abogado —dijo Francisco.

Madrigal recogió su libreta y su grabadora. Se puso de pie. Francisco lo observó hacer todo eso con la atención de siempre, sin moverse, con las manos sobre la mesa y la postura recta que había mantenido desde el principio.

—La semana que viene —dijo Madrigal.

—La semana que viene —dijo Francisco.

Y el guardia abrió la puerta del locutorio y Madrigal salió y la puerta se cerró y Francisco se quedó solo en esa sala pequeña con su certeza y su convicción absoluta de que tenía razón, que ninguna celda, ninguna sentencia y ningún tribunal del mundo habría podido quitarle.

Porque Francisco Corbalán Buenaventura era un hombre que, cuando decidía algo, lo decidía para siempre.

Y había decidido que no era culpable.

CAPÍTULO 17

La perfección del plan

Hubo una sesión, hacia la séptima semana de sus encuentros en el locutorio del Altiplano, en que Francisco llegó con una energía diferente. No la energía visible y ruidosa de los hombres que necesitan demostrar algo, sino algo más contenido y más denso, como la de alguien que ha estado pensando en una cosa durante mucho tiempo y ha llegado finalmente al punto en que puede hablar de ella sin que las palabras le fallen.

Madrigal lo notó desde que se sentó. Había aprendido a leer a Francisco Corbalán con la precisión que da el trato prolongado con alguien que no revela nada involuntariamente, y lo que leyó esa tarde fue la disposición de un hombre que quería hablar no de sus agravios sino de su obra.

—Quiero hablarle del plan —dijo Francisco, sin preámbulo.

Madrigal abrió su libreta.

—No para defenderlo —continuó Francisco—. Para explicarlo. Hay una diferencia. La defensa implica que hay algo que justificar ante alguien que tiene autoridad para juzgar. La explicación es otra cosa. Es el artista describiendo su proceso para que quien escuche pueda entender lo que está mirando.

—Entendido —dijo Madrigal.

—Empecemos por las amenazas —dijo Francisco, con el tono del arquitecto que señala el primer elemento de un plano—. Eso fue lo más elegante. No porque fuera lo más difícil, que no lo era, sino porque resolvió en un solo movimiento tres problemas distintos: crear un antecedente de peligro externo, establecer testigos que pudieran dar fe de mi preocupación, y orientar desde antes cualquier investigación posterior hacia el crimen organizado, que en México es un destino tan oscuro y tan frecuentado que las investigaciones rara vez salen de él.

Hizo una pausa.

—Las faltas de ortografía —dijo—. Eso fue un detalle que la mayoría de la gente habría descuidado. Un hombre de mi formación, fingiendo ser alguien sin educación, tiende a cometer las faltas equivocadas. Las faltas que comete quien sabe cómo se escribe una palabra y decide no escribirla bien son distintas de las faltas que comete quien genuinamente no sabe. Yo estudié las segundas. Las practiqué. Me aseguré de que cualquier análisis lingüístico de esos mensajes encontrara la autenticidad de alguien sin instrucción formal y no la simulación de alguien que la tiene.

Madrigal anotó.

—El cibercafé en Oblatos. El hotel de la periferia. El mercado Libertad en San Juan de Dios. —Francisco los enumeró con la satisfacción del hombre que repasa una lista que siempre salió bien—. Cada ubicación elegida por razones específicas: distancia de mi domicilio habitual, densidad de personas en el entorno, ausencia de sistemas de identificación confiables. No hay una sola imagen mía en ninguna cámara de seguridad que pueda vincularse con ninguno de esos mensajes. Eso no es casualidad. Eso es planificación.

Se detuvo un momento. Miró las manos sobre la mesa con la misma atención con que las había mirado durante décadas mientras trabajaban en el estudio.

—Los guardias —continuó—. Esto es lo que más me satisface de todo el plan, y se lo digo con la humildad del artista que reconoce su mejor trabajo. Los guardias fueron contratados para protegernos a los dos. Eso era lo que todos sabían. Lo que nadie sabía era que su posición real en el esquema era otra: ser los testigos involuntarios de que yo nunca salí del patrón de comportamiento que había establecido semanas antes.

Estudio y penthouse. Penthouse y estudio. Sin desvíos. Sin comportamientos anómalos. Cuando los interrogaron dijeron exactamente lo que yo necesitaba que dijeran, no porque yo les hubiera dado instrucciones sino porque eso era lo que habían visto. Eso es lo mejor de usar testigos reales en lugar de cómplices: los testigos reales dicen la verdad, y la verdad que decían era la que me convenía.

Madrigal levantó la vista.

—¿Y Celia? —dijo—. ¿Cómo logró que nadie preguntara por ella durante tanto tiempo?

Francisco lo miró con algo que era casi condescendencia, aunque tan leve que podría confundirse con paciencia.

—Celia lo hizo ella misma —dijo—. Le pedí que avisara a su entorno que estaría incomunicada por asuntos personales. Lo hizo sin dudar porque tenía sentido dentro del contexto de las amenazas que habíamos recibido. Nadie cuestionó ese aviso porque venía de ella. Nadie buscó verificarlo porque no había razón para hacerlo. Y cuando empezaron a preguntarse dónde estaba, ya había pasado suficiente tiempo para que la narrativa del secuestro fuera la única que tuviera coherencia con todo lo que habían visto antes.

Hizo una pausa más larga que las anteriores.

—El champán —dijo entonces, con un tono diferente. Más quieto. Más interior—. La noche de la inauguración. Cuando me quedé solo frente a las dos estatuas con la copa en la mano. Ese fue el momento en que supe con certeza absoluta que el plan había funcionado. No porque nadie lo cuestionara, que tampoco lo cuestionaron. Sino porque estaba ahí, frente a mi obra más importante, en una sala llena de personas que la admiraban sin saber lo que tenían delante, y todo estaba exactamente como yo lo había dispuesto. Eso es perfección. No la ausencia de dificultades, que siempre hay, sino la coincidencia exacta entre lo que uno planeó y lo que ocurrió.

Madrigal no dijo nada durante un momento.

—¿Y entonces qué falló? —dijo al fin.

Francisco lo miró.

—Un sismo —dijo, con una voz que tenía en ella algo que en otro hombre habría sido amargura y que en él era simplemente la constatación de un hecho que todavía le costaba trabajo procesar en sus términos correctos—. Un sismo de magnitud moderada que duró treinta segundos y que desprendió un fragmento de techo sobre el pedestal de mi obra.

Eso fue todo. Eso fue lo único que derrotó un plan que había resistido veintidós años, tres investigaciones, docenas de entrevistas periodísticas, la revisión de mi penthouse, mi estudio, mi galería y mi funeraria por parte de agentes entrenados para encontrar exactamente lo que nunca pudieron encontrar... porque yo había cuidado cada detalle de lo que era necesario que nunca supieran...todo lo que yo había ocultado.

Bebió un sorbo de agua.

—Un sismo —repitió—. Un restaurador desobediente con una madre curiosa. Y el azar malicioso que determinó que esa madre curiosa fuera la misma detective que había tenido en sus manos 22 años atrás el caso del secuestro y asesinato de Celia por parte del crimen organizado.

Madrigal dejó su pluma sobre la libreta.

—¿Le parece que eso invalida el plan perfecto? —dijo Francisco, con una genuinidad que resultaba perturbadora—. Porque yo no lo veo así. Un plan que resiste veintidós años de escrutinio no es un plan fallido. Es un plan que encontró un obstáculo que no podía haber sido previsto porque no dependía de ninguna variable humana. Los seres humanos son predecibles cuando uno los conoce lo suficiente. La geología no lo es...y el azar...ese es también incontrolable porque no obedece más que las leyes probabilísticas...y estas suelen tener constantes no siempre explicables.

—La ley tampoco distingue entre planes fallidos y planes interrumpidos por causas de fuerza mayor —dijo Madrigal.

—Ya sé lo que distingue y lo que no distingue la ley —dijo Francisco—. Por eso estoy aquí. Pero la ley y la realidad no son la misma cosa, licenciado, y usted lo sabe tan bien como yo. La realidad es que ese plan fue perfecto. La realidad es que durante veintidós años funcionó exactamente como debía funcionar. La realidad es que si la tierra no hubiera temblado esa noche, Celia seguiría en su pedestal y yo seguiría en mi penthouse y nadie en el mundo habría sabido nunca la diferencia. Y acaso nadie hubiera notado daño alguno a la continuidad del tiempo y la vida. Todo seguiría como había estado veintidós años...¡veintidós años!

Hubo un silencio.

—Y eso —dijo Francisco, después de un momento— es lo que usted tiene que usar en la apelación. No los tecnicismos procesales, que son importantes pero insuficientes. Sino esto: que el único elemento que derrotó este plan fue uno

completamente fuera del control de cualquier ser humano. Que la justicia que me condena es la justicia de la mala suerte, no la justicia de la evidencia.

Que si la naturaleza no hubiera intervenido, la evidencia no existiría. Y que una condena basada en evidencia que solo existe porque la naturaleza decidió intervenir en el momento equivocado es, en cualquier sistema legal que se tome en serio a sí mismo, una condena moralmente cuestionable.

Madrigal lo miró durante un tiempo largo.

—¿Usted cree eso en verdad —dijo al fin— que eso es un argumento jurídico viable?

Francisco lo miró con esa atención suya que no juzgaba sino que simplemente veía.

—Creo —dijo— que es el único argumento honesto que tenemos. Y que la honestidad, aunque raramente gane en los tribunales, es siempre el punto de partida correcto. Porque no todo lo correcto es justo, ni todo lo justo es correcto.

Madrigal recogió su libreta. Se puso el saco lentamente, con los movimientos de quien lleva mucho tiempo sentado y acusa el peso de lo que ha escuchado. Miró a Francisco una última vez.

—La semana que viene —dijo.

—La semana que viene —dijo Francisco.

Pero Francisco Corbalán Buenaventura nunca volvió a sentarse en esa silla del locutorio.

Lo que llegó tres días después, en lugar de la semana que viene, fue un infarto. Masivo. Fulminante. Sin anuncio previo, como había sido siempre la muerte en la familia Corbalán: sin tiempo para despedidas, sin la posibilidad de poner las cosas en el orden en que uno habría querido dejarlas. Igual que Aurelio. Igual que Elena, su madre, aunque a ella la enfermedad le había dado demasiado tiempo para ver cómo su cuerpo la abandonaba pieza por pieza.

Francisco murió en su celda del Altiplano a las tres y cuarenta minutos de la madrugada de un jueves, sin que nadie estuviera presente para verlo y sin que hubiera nada en su expresión, según constaría después en el informe del médico que lo encontró, que sugiriera que había muerto con miedo o con arrepentimiento.

Lo que había en su expresión, según ese mismo informe, era simplemente la ausencia de cualquier expresión.

Como siempre.

El recurso de apelación nunca se interpuso.

No habría tenido sentido interponerlo.

EPÍLOGO

Nota del editor

El manuscrito que el lector acaba de terminar llegó a mis manos de una manera que merece ser explicada, porque la plausibilidad de cualquier documento depende no solo de su contenido sino de la cadena de custodia que lo trajo hasta quien lo lee.

Héctor Madrigal Souza murió en Guadalajara en el otoño de hace tres años, a los setenta y ocho, de una insuficiencia cardíaca que su médico llevaba tiempo anunciándole y que él llevaba tiempo ignorando con la misma terquedad discreta con que había ignorado todo lo que no le convenía atender. No tenía hijos. Sí tenía una secretaria, la señora Consuelo Ibarra, que había trabajado con él durante treinta y un años y que fue quien encontró la carpeta.

Estaba en el cajón inferior derecho del escritorio, exactamente donde Madrigal dijo que había estado durante diez años. La carpeta de cartón beige con el número de expediente y el nombre del cliente escrito con la letra clara y pareja que era la misma en todos los documentos del despacho.

La señora Ibarra la reconoció de inmediato porque había transcrito su contenido por indicación del propio Madrigal, años atrás, sin que él le explicara el motivo y sin que ella se lo preguntara, porque en treinta y un años había aprendido que ciertas cosas del licenciado Madrigal no requerían explicación.

Me la hizo llegar a través de un colega común que sabía de mi trabajo. La leí en una sola noche. Al día siguiente llamé a la señora Ibarra para preguntarle si existía alguna disposición del licenciado Madrigal sobre ese documento. Me dijo que no había encontrado ninguna. Que no había convenio de confidencialidad con nadie. Que la carpeta simplemente había estado ahí, esperando.

Lo que el lector tiene en sus manos es la transcripción fiel de lo que Francisco Corbalán Buenaventura le dictó a su abogado en el locutorio del Reclusorio Federal del Altiplano a lo largo de siete semanas, convertida en la novela que estas páginas constituyen. No he alterado la secuencia de los hechos.

No he añadido interpretaciones que no estuvieran ya en el propio material. He procurado que la voz de Cisco, con toda su precisión y toda su frialdad y toda su ausencia de culpa, llegara al lector sin intermediarios innecesarios.

Debo añadir, sin embargo, algo que Madrigal no anotó en su libreta.

Me lo contó la señora Ibarra, que lo había escuchado de boca del propio Madrigal en una de las pocas ocasiones en que él habló de ese caso fuera del contexto estrictamente profesional. Fue en la última sesión, la que precedió en tres días al infarto que mató a Francisco Corbalán. Madrigal había cerrado ya su libreta y recogido su grabadora y estaba de pie listo para llamar al guardia cuando Cisco, que seguía sentado con las manos sobre la mesa y la postura recta de siempre, dijo algo que Madrigal no esperaba y que por eso no anotó, aunque tampoco olvidó.

Le habló de *La chica de la playa*.

No de la estatua demolida por orden judicial, cuyos restos reposaban ya en el depósito forense a la espera de que los trámites sucesorios determinaran su destino final. Le habló de la que él había hecho. De la que había estado en la galería durante más de veinte años. De la que él visitaba todos los jueves con las manos en los bolsillos y la atención quieta de quien sabe exactamente lo que está mirando.

La describió con una precisión que Madrigal no había escuchado en ninguna de las sesiones anteriores, ni siquiera en las más extensas. La posición de rodillas con las nalgas recargadas sobre los tobillos. El cuerpo echado hacia atrás. Los brazos extendidos apoyándose ligeramente en la arena de una playa que no existía en ningún lugar del mundo salvo en esa sala de la colonia Americana. La cabeza inclinada hacia atrás. El pelo al viento.

El lunar en el cuello.

La cicatriz del costado derecho.

Las depresiones a los lados de la columna vertebral.

Lo describió todo con la voz tranquila de siempre, sin inflexión, sin nostalgia visible, con la misma temperatura con que habría descrito un proceso técnico o un resultado de laboratorio. Y al final, cuando Madrigal ya no sabía qué decir porque no había nada que decir, Cisco añadió una última cosa.

—Ella sigue ahí —dijo—. Aunque la hayan roto. Aunque la hayan demolido. Aunque hayan sacado los huesos y los hayan enviado a un depósito y hayan firmado papeles y celebrado que la justicia había llegado. Ella sigue ahí porque yo la puse ahí y nadie puede deshacer eso. Los huesos se pueden sacar. La forma no. La forma que yo le di existe para siempre en el mundo, aunque nadie la vea. Eso es lo que hace el arte cuando lo practica alguien que sabe lo que está haciendo. Deja una forma en el mundo que no desaparece aunque destruyas la materia que la contenía.

Madrigal no respondió.

Cisco lo miró durante un momento con esa atención suya que la gente confundía con frialdad y que era simplemente su manera de estar presente en cualquier lugar donde estuviera.

—Celia está ahí —dijo—. Siempre va a estar ahí.

Luego llamó al guardia.

Madrigal salió. La puerta del locutorio se cerró. Tres días después Francisco Corbalán Buenaventura murió en su celda a las tres y cuarenta minutos de la madrugada sin que nadie estuviera presente para verlo, con la misma puntualidad silenciosa con que había hecho todo lo demás en su vida.

Los restos de Celia Vergara Dávila fueron enterrados por disposición del juzgado en el panteón municipal de Guadalajara, en una sepultura sencilla con su nombre y sus fechas. El acta de defunción registró como causa de muerte el homicidio calificado cometido por Francisco Corbalán Buenaventura. La fecha de la muerte fue estimada por los forenses con base en la evidencia disponible.

Nadie asistió al entierro.

Las dos estatuas fueron destruidas por orden judicial. Los fragmentos fueron catalogados como evidencia y permanecen en el depósito forense del estado, donde seguirán hasta que alguna disposición legal determine qué hacer con ellos, que es la manera que tiene la burocracia de decir que nadie sabe todavía qué hacer con algo que no tiene precedente en ningún manual.

La Galería Esencias cerró seis meses después de la muerte de Francisco Corbalán. Quiñones se jubiló. El local fue rentado por una firma de arquitectura.

La enorme fortuna de la familia Vergara que seguía aumentando a través de la rentabilidad de todas las empresas que Francisco había mantenido, había sido reclamada legalmente por un sobrino nieto del padre de Celia, que había demostrado fehacientemente la consanguinidad con la familia Vergara, y después de un largo juicio se le había asignado luego de descontar los cuantiosos impuestos que dicha decisión conllevó.

La justicia caminó muy lento.

Tardó veintidós años.

Pero llegó.

A veces por accidente.

A veces porque una madre no olvida una carpeta sin resolver.

A veces porque una rótula es el hueso más denso del cuerpo humano y resiste el tiempo mejor que cualquier otra cosa, incluidos los planes perfectos de los hombres que creen que han ganado para siempre.

—FIN